

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 22

ROPA MODESTA

*Asimismo que las mujeres se
atavien de ropa decorosa,
con pudor y modestia.*

1 Timoteo 2:9

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

22

Ropa modesta

Contenido

Pensando como un cristiano acerca de la ropa modesta.....	3
<i>Robert G. Spinney</i>	
Definición de modestia cristiana.....	8
<i>Jeff Pollard</i>	
Un pecado vergonzoso de nuestra época.....	13
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
Síntomas del orgullo corporal.....	18
<i>Juan Bunyan (1628-1688)</i>	
Evitando modas indecorosas.....	22
<i>Vincent Alsop (1630-1703)</i>	
Cómplices del adulterio.....	30
<i>Robert G. Spinney</i>	
Su ropa revela su corazón.....	33
<i>Richard Baxter (1615-1691)</i>	
Demasiado, demasiado poco, demasiado apretado.....	38
<i>Robert G. Spinney</i>	
Nuestra vestidura real.....	44
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
El retorno a la ropa modesta.....	48
<i>Jeff Pollard</i>	

Publicado por Chapel Library
Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2017 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. **In Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

PENSANDO COMO UN CRISTIANO ACERCA DE LA ROPA MODESTA

Robert G. Spinney

La manera de vestir del cristiano no es un tema insignificante. Las declaraciones cotidianas que hacemos con nuestra ropa—deliberadamente o no, interpretadas correcta o incorrectamente— se cuentan entre nuestras declaraciones más fuertes. Nuestros hijos, hermanos, compañeros de trabajo y de estudios, y los hermanos de la iglesia no pueden dejar de ver lo que vestimos. Todos notan si somos descuidados o prolijos, sencillos o glamorosos, provocativos o modestos. El vestir puede afectar la imagen que tenemos de nosotros mismos y dar forma a lo que los demás perciben de nosotros. Por eso es que gastamos tanto dinero para comprar ropa buena. Pensar cristianamente acerca de lo que vestimos involucra muchos aspectos...

Primero, tenemos que quitar dos obstáculos que, a veces, impiden que los cristianos toquen este tema: La creencia de que cualquier discusión sobre la manera de vestir es inherentemente legalista y de que tales discusiones son simplemente innecesarias. En la actualidad, en muchos lugares, el simple hecho de *mencionar* el tema del vestir indecoroso es hacer sonar todas las alarmas del legalismo. Esto es lamentable.

No comprendemos correctamente lo que es *santidad* si pensamos que aplicar Colosenses 3:17 (“Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús”) al tema de la manera de vestir es de algún modo equivocado. El que dice: “Jesús no será Señor de mi ropa”, poco se diferencia del que dice: “Jesús no será el Señor de mi dinero”.

Tampoco es legalismo que el pueblo de Dios se empeñe por obedecer las instrucciones de Dios. D. Martyn Lloyd-Jones¹ lo expresó muy bien cuando dijo que si la “gracia” que hemos recibido no nos ayuda a guardar las leyes de Dios es que, en realidad, no hemos recibido gracia alguna. Sin duda, los cristianos pueden abordar el tema del vestir indecoroso de una forma torpe y no bíblica que niega la gracia. Ese *es* el problema. Pero ignorar el tema no es la solución: Hacerlo es dar a entender que no existe ropa inapropiada.

¹ David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981) – Predicador expositivo galés y pastor de Westminster Chapel, Londres, Inglaterra, 1938-68; nacido en Cardiff, Gales.

El pueblo de Dios no puede darse el lujo de ignorar este tema. ¿Por qué no? Porque el cristiano que piensa de una manera no basada en la Biblia sobre esto, no se preocupa por vestirse con decoro. Al igual que en otros aspectos de la vida cristiana, nunca “avanzamos por casualidad”. La santidad y la madurez espiritual hay que procurarlas (He. 12:14). Procurar la piedad tiene que caracterizarse por su diligencia (2 P. 1:10; 3:14). Nuestra mente no es automáticamente piadosa: Renovar nuestra mente produce transformación espiritual (Ro. 12:2).

A veces, los cristianos no le dan importancia al tema de vestir modestamente, considerándolo *trivial*, pero no lo es. Al final de cuentas, Dios fue quien notó la primera ropa inventada, la juzgó inadecuada e intervino para reemplazarla por una que él mismo hizo (Gn. 3:7, 21). Y nadie puede negar que hoy, mucha de la ropa en las tiendas es, escandalosamente, inmodesta. “Si es usted ciego o de otro planeta”, escribe Barbara Hughes, “pudiera ser que no se ha percatado de que la modestia ha desaparecido. ¡Está muerta y enterrada! Si no lo cree, vaya de compras con una adolescente”².

Hay una tercera cuestión que merece nuestra atención al iniciar esta discusión. Algunos cristianos fieles se visten de manera indecorosa, aun si no pretenden ofender a nadie, hacen gala de su sexualidad o atraen las miradas con la escasa ropa que usan. A menudo, estos creyentes creen sinceramente que están modestamente vestidos. ¿El problema? *Se rigen por la moda del mundo*. Permiten que la industria de la ropa y los artistas definan lo que es hermoso y lo que es una ropa apropiada. ¿El resultado? La proliferación de atuendos de última moda que contradicen los principios bíblicos. La ropa que refleja los valores del mundo suele ser indecorosa, a pesar de las buenas intenciones del que la usa. *Las intenciones inocentes no cambian nada*. La inmodestia sin intenciones y la “inmodestia por ignorancia” siguen siendo no bíblicas. El cristiano puede decir sinceramente: “Mi intención no es vestir sensual o seductoramente” y, aun así, vestirse de una manera inapropiada. Lo seguro es que, son los principios bíblicos —no los diseñadores de ropa mundanos, ni los artistas de cine ni las celebridades— los que debieran establecer las normas de una forma de vestir correcta.

¿A quién va dirigido este folleto? Supongo que a cada lector que usa ropa. No obstante, parece que tendemos a dirigir nuestros mensajes a las mujeres jóvenes. Esto me parece incorrecto. El mensaje en este folleto es, principalmente, para esposos y pastores, quienes son los líderes de las familias. Cuando veo a una adolescente vestida sin modestia, lo

² Barbara Hughes, *Disciplines of a Godly Woman* (Disciplinas de una mujer piadosa) (Wheaton: Crossway Books, 2001), 92.

primero que pienso es: “¿A dónde está su padre? ¿No se da cuenta cómo está vestida su hija?”. Cuando una mujer cristiana casada no se viste con modestia, lo primero que pienso es: “¿Por qué es su esposo tan indiferente a la enseñanza bíblica con respecto a la ropa modesta?”. El varón tiene la responsabilidad dada por Dios de proteger a su esposa y a sus hijos. El vestir inmodesto incita que personas lascivas malinterpreten la manera de vestir de los miembros de la familia. Además, vestir indecorosamente es, a veces, una manera de expresar (en público) una sensualidad impropia. Señores, no podemos ignorar estos asuntos.

De manera similar, el varón tiene la responsabilidad de proteger a otros de las piedras de tropiezo que su esposa e hijas pueden generar con su manera de vestir indecorosa. Esto se aplica a todas partes y a todos los tiempos, pero *de manera especial a las reuniones de la Iglesia*. Más de un creyente me ha preguntado: “¿Por qué no podemos contar con, por lo menos, un refugio seguro contra el uso de ropa apretada, escotes, hombros descubiertos y shorts? ¿Por qué no se asegura la gente de vestirse con modestia cuando asisten a las reuniones de la Iglesia? No es extraño que el vestir escandaloso me tiente cuando voy a algún plantel universitario, pero el pueblo de Dios no debería tener que enfrentar esa clase de tentación en los cultos de adoración. ¿No pueden los cristianos ser más considerados con los demás?”. Es éste un pedido legítimo. Los varones tienen una responsabilidad extra: Debieran explicar a sus esposas e hijos mayores qué fácil es que los hombres se sientan tentados a la lujuria al ver personas vestidas indecorosamente. Nuestras familias pueden pensar que nunca batallamos con tentaciones sexuales. ¡Dígalas la verdad! He hablado con mujeres que sencillamente no sabían que los hombres cristianos se sienten tentados a pecar por lo que provoca su manera de vestir. En cuanto lo entendieron, con gusto empezaron a vestirse más modestamente.

¿Nos ha dado Dios instrucciones relacionadas con el vestir? La respuesta a esta pregunta es *sí*... El inspirado Apóstol escribe en 1 Timoteo 2:9: “Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos”. Quizá la verdad más evidente en este versículo es una que, a menudo, se niega en la actualidad: A Dios *sí* le importa cómo nos vestimos... En 1 Timoteo 2:9, la modestia está ligada específicamente a *cómo* nos adornamos con la ropa.

En toda discusión sobre vestir modesta o inmodestamente, en algún momento surge la pregunta que podríamos llamar: “La pregunta que marca la línea divisoria”. ¿Dónde está, exactamente, la línea divisoria entre ropa aceptable y no aceptable? ¿Cómo puedo saber dónde está? No la cruzaré, pero, ¿puede por favor decirme precisamente dónde está? La

palabra [pudor] responde a “La pregunta que marca la línea divisoria” porque el cristiano modesto dice: “¡No quiero acercarme a esa línea! Quizá no sepa dónde está la línea divisoria entre la ropa aceptable y la no aceptable, pero sé más o menos dónde está... y me mantendré lejos de ella”.

La palabra *modestia* [en 1 Timoteo 2:9]... se refiere a mantener control sobre nuestros pensamientos, preferencias y deseos. El cristiano discreto no da rienda suelta a sus pasiones; sabe cómo controlar sus deseos. La Biblia está exponiendo aquí algo que muchos sencillamente no quieren reconocer: Algunos usan su estilo de ropa como expresión de su propia sensualidad. Se convierten intencionalmente en objeto de lujuria: entran a una sala con la intención de llamar la atención. En lugar de practicar dominio propio, exhiben sin tapujos su sensualidad en su ropa. Vestir [con sobriedad] significa que no expresamos nuestros deseos sexuales privados con lo que vestimos en público.

¿Por qué deben los creyentes practicar dominio propio cuando de estilo de ropa se trata? No cabe duda de que el vestir provocativo afecta a otros (tentándolos a pecar). Pero, tanto cristianos como no cristianos, también han notado cómo la ropa etiqueta de alguna manera al que la viste. “La manera de vestir cambia los modales”, escribió el filósofo francés Voltaire³, que no era precisamente amigo del cristianismo, pero sí un observador perspicaz de la condición humana. La escritora inglesa Virginia Woolf⁴ coincide: “Hay mucho que apoya la noción de que es la ropa lo que nos usa a nosotros y no nosotros a ella; podemos hacer que se amolde al brazo o al pecho, pero moldea nuestros corazones, nuestros cerebros y nuestra boca, según su parecer”.

Éste es uno de los aspectos intangibles de la manera de vestir que todos hemos experimentado. Lucir un conjunto nuevo o vestirse con elegancia da un sentido de seguridad y de autoestima positiva. De igual modo, vestir ropa provocativa o reveladora nos estimula a hacer gala de nuestra sexualidad. El discípulo de Cristo debe controlar sus pasiones sexuales y, del mismo modo, escoger controladamente lo que viste que pudiera “moldear su corazón, cerebro y boca” en formas inapropiadas. A este mandato en 1 Timoteo 2:9, le acompaña una aplicación imbuida en la cultura. Notemos las palabras finales del versículo: “no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos”. Esto instruía a las mujeres cristianas a no imitar el estilo de vestir y los peinados escandalosos que eran comunes entre la nobleza romana. En la época de Pablo, algunas mujeres se entrete-

³ **Voltaire** (1694-1778) – Escritor y poeta francés, figura destacada de la Era de la Razón.

⁴ **Virginia Woolf** (1882-1941) – Autora inglesa, asociada con el Grupo Bloomsbury que influyó sobre el crecimiento del modernismo.

jían gemas preciosas en el cabello para crear peinados costosos, cuyo equivalente actual sería cientos y, aun, miles de dólares. También vestían ropa deslumbrante que fácilmente costaría unos 10 mil dólares en moneda actual. Éste era el uniforme no oficial de las cortesanas romanas, un uniforme que era característico para llamar la atención. Es de observar que era notoria la inmoralidad sexual de estas cortesanas romanas. Era notorio que estas mujeres no se vestían ni correcta, ni modesta ni discretamente, y todos sabían que sus vidas se caracterizaban por su impureza sexual. De hecho, la Palabra de Dios le está diciendo a los cristianos: “No imiten la apariencia de esta gente famosa e inmoral. Nada de ostentación, vulgaridad, extravagancia ni alardes de riquezas. Ninguna asociación con estas cortesanas de mala reputación. No tomen a esas ‘mujeres de la corte’ como modelos de la moda”.

Consideremos las palabras agudas de Stephen M. Baugh, profesor de Griego y Nuevo Testamento del Seminario Teológico de Westminster West. Baugh aplica estas palabras finales de 1 Timoteo 2:9 a lectores modernos: “Hoy equivale a advertir a los cristianos a no imitar los estilos de los cantantes pop o actrices promiscuas”. Esto significa que si queremos aplicar este versículo en la práctica, la mujer cristiana no debe imitar el aspecto de las libidinosas “cortesanas de Hollywood”. El próximo versículo —1 Timoteo 2:10— amplía la instrucción del Apóstol. La mujer cristiana no se adorne con ropa indebida, “sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad”. La [palabra *profesan*] se deriva de un vocablo griego que significa hacer un anuncio público o transmitir un mensaje a viva voz. Nuestras vidas son anuncios públicos. El anuncio público de la mujer piadosa consiste de buenas obras, no de ropa cuestionable. ¿Cuál es la función de las buenas obras del cristiano? Mateo 5:16 dice que los creyentes hemos de vivir de tal manera que los hombres vean nuestras buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos. Numerosos versículos afirman que las buenas obras del cristiano son valiosas, no sólo por el beneficio a los objetos de ellas, sino también por lo que demuestran acerca de la gloria de Dios (1 P. 2:12; 3:1-6; Mt. 9:6-8). Lo que implica esto es que, tanto las buenas obras como la manera indebida de vestir, contienen un elemento que influye sobre lo que otros piensan de Dios: Uno provoca que los hombres alaben a Dios, mientras el otro incita a los hombres a denigrarlo. La conclusión de 1 Timoteo 2:10 es que la reputación de Dios está en juego, según lo que profesamos en público. La gloria de Dios se ve con más claridad cuando abundamos en buenas obras, pero se entenebrece y mal entiende cuando hacemos anuncios públicos al vestir incorrectamente... No se trata de que sólo esté en juego *nuestra* reputación cuando usamos ropa indebida; también está en juego la reputación de *Dios*.

Tomado de *Dressed to Kill* (Vestido para matar), publicado por Tulip Books, www.tulipbooks.com.

Robert G. Spinney: Pastor bautista y profesor asociado de Historia en Patrick Henry College, Purcellville, Virginia, EE.UU.



DEFINICIÓN DE MODESTIA CRISTIANA

Jeff Pollard

“Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia” (1 Timoteo 2:9).

¿Qué significa modestia? Igual como usamos las palabras *amor* y *fe*, usamos, a menudo, la palabra *modestia* sin comprender su significado bíblico. Los diccionarios modernos ofrecen definiciones como (1) Virtud que modera y regula las acciones externas, conteniendo al hombre en los límites de su condición y estado. (2) Recato en el porte y en la estimación que muestra uno de sí mismo. (3) Honestidad, decencia en las acciones o palabras. (4) Cualidad de humilde, falta de engreimiento o de vanidad¹.

Noah Webster define la *modestia* como “ese temperamento humilde que acompaña la estimación moderada del valor y la importancia de uno mismo”². Agrega: “En la *mujer*, la modestia tiene el mismo carácter que en el varón, pero la palabra se usa también como sinónimo de castidad o pureza en las acciones. En este sentido, la modestia es el resultado de la pureza de la mente, o del sentido de vergüenza y oprobio fortalecido por la educación y los principios. La *modestia* sin afectación es el encanto más dulce de la excelencia femenina, la gema más valiosa en la corona de su honor”.

Entonces, según estas definiciones, modestia es un concepto amplio que no está limitado a una connotación sexual. Este estado de ánimo o disposición expresa una estimación humilde de uno mismo delante

¹ *Diccionario de la Real Academia Española* y otros.

² Noah Webster, *Noah Webster's First Edition of an American Dictionary of the English Language* (Diccionario americano del idioma inglés por Noah Webster, primera edición) (Anaheim, CA: Foundation for American Christian Education, 2006).

Dios. La modestia, como la humildad, es lo opuesto a atrevimiento o arrogancia. No procura llamar la atención a uno mismo ni jactarse de una manera inapropiada. Aparentemente, Webster liga la castidad con la modestia porque castidad significa “pureza moral en pensamiento y conducta”. La pureza moral, como la humildad, no exhibe sensualidad como tampoco exhibe ostentación.

Detrás de estas definiciones hay un punto crucial: La modestia no es lo principal en el tema de la ropa. Es, ante todo, una cuestión del *corazón*. Si el corazón está bien con Dios, se conservará puro y humilde, y esto se expresará en modestia. Calvino comenta: “No obstante, siempre debemos comenzar con las disposiciones del corazón, porque es allí donde reina el libertinaje y, por ende, no habrá castidad. Y donde la ambición reina internamente, no habrá modestia en la forma de vestir”³. Concluye diciendo: “No cabe la menor duda de que la forma de vestir de una mujer virtuosa y piadosa debe ser diferente a la de una prostituta... Si la piedad se demuestra por medio de las obras, entonces debe ser evidente en la manera de vestir”⁴. Esto se aplica, no sólo a la adoración en conjunto, sino también a la vida diaria. Aunque es cierto que uno puede vestirse modestamente por algún motivo pecaminoso y orgulloso, no se puede vestir lujosa o sensualmente motivado conscientemente por algo bueno. Por lo tanto, la pureza y humildad del corazón internamente regenerado, tiene que, en definitiva, expresarse externamente por el uso de ropa modesta.

Varias palabras aclaran un punto de vista bíblico sobre la modestia. En 1 Timoteo 2:9, el apóstol Pablo manda que las mujeres “se atavien de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos”. George Knight III dice que la palabra traducida *modestia*⁵ tiene “el significado general de ‘respetable’, ‘honorable’, y cuando es usada en referencia a la mujer significa en otras partes, como aquí, ‘decoroso’”⁶. Observa que “arreglarse y vestirse son un aspecto por el que las mujeres suelen preocuparse y en él existe el peligro de caer en el exhibicionismo o la indiscreción”. Por eso, “Pablo centra su exhortación en este asunto y ordena a las mujeres que ‘se vistan’ en concordancia con su profesión de fe y su vida cristiana”⁷. Por tanto, la modestia es un componente del carácter cristiano y nuestro

³ Juan Calvino, *Calvin's Commentaries* (Comentarios de Calvino). Tomo. XXI, “The First Epistle to Timothy” (“La Primera Epístola a Timoteo”) (Grand Rapids: Baker Publishing Group, 1993), 66.

⁴ *Ibíd.*

⁵ **κόσμιος** {kósmios}.

⁶ George W. Knight III, *Commentary on the Pastoral Epistles*, (Comentario sobre las epístolas pastorales) NIGTC (Grand Rapids: Eerdmans, 1992), 134.

⁷ *Ibíd.*

vestir debe “profesar” lo mismo que profesamos ser. Las directrices de Pablo implican que ésta es una cuestión *especialmente* peligrosa para la mujer.

Según Knight, *pudor*⁸ denota “un estado de ánimo o actitud necesaria para que uno se preocupe de la modestia y, por lo tanto, se vista con sencillez”. Significa “un sentimiento moral, *reverencia, sobrecogimiento y respeto* por el sentir o la opinión de otros o por la propia conciencia o sea *vergüenza, dignidad... sentido de honor*”⁹. William Hendriksen dice que “indica sentir vergüenza, evitar salirse de los límites de lo decoroso”¹⁰. Esto significa que la modestia conoce los límites y quiere permanecer dentro de ellos; no busca el exhibicionismo.

Por último, *modestia*¹¹ tiene entre sus significados “el sentido general de ‘discernimiento, sobriedad, templanza’ y, cuando se contempla como ‘virtud femenina’, se entiende como ‘decencia, castidad’”¹². “El término sobriedad implica “un control sobre las pasiones del cuerpo, un estado de dominio en el área de los propios apetitos. El significado básico de la palabra tiene diferentes matices y connotaciones y representa ‘ese gobierno interior y habitual del yo, con su constante control sobre todas las pasiones y deseos que impiden que aflore la tentación a ser inmodesto’... en efecto, Pablo está diciendo que cuando tales actitudes controlan conscientemente la mente de la mujer, el resultado se hace evidente en su manera modesta de vestir”¹³. Kelly dice acerca del pudor y la modestia: “El primero, usado únicamente aquí en el N.T., connota reserva femenina en materias sexuales. El segundo... expresa básicamente un control perfecto de los apetitos físicos... Aplicado a las mujeres, también tiene un matiz claramente sexual”¹⁴.

¿Qué es, entonces, modestia cristiana? Dado que modestia puede significar muchas cosas, tomemos nuestra definición del material bíblico: *Modestia cristiana* es el control interior del yo, arraigado en una comprensión correcta de uno mismo ante Dios, que se manifiesta exteriormente en humildad y pureza por un amor auténtico a Jesucristo, en lugar de una auto glorificación o vanagloria.

⁸ αἰδώς {aidós}.

⁹ Knight, *Pastoral Epistles*, 134.

¹⁰ William Hendriksen, *Thessalonians, Timothy, Titus* (Tesalonicenses, Timoteo, Tito) NTC (Grand Rapids: Baker Publishing Group, 1979), 106.

¹¹ σωφροσύνη {sophrosúne}.

¹² Knight, *Pastoral Epistles*, 134.

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ J. N. D. Kelly, *The Pastoral Epistles* (Las epístolas pastorales) (Peabody: Hendrickson Publishers, 1960), 66.

Me he tomado el tiempo de explicar un poco el significado de estas palabras porque hoy en día hay pastores que opinan que las palabras de Pablo sólo se refieren al uso de ropa lujosa, costosa o escandalosa dentro de la iglesia. Su argumento es que este tipo de ropa “distrería” la atención en los cultos de adoración. Lamentablemente, prefieren detenerse ahí y no ir más allá. Estoy totalmente de acuerdo con que esa idea va incluida en las palabras del Apóstol, pero estas personas pasan por alto el aspecto sexual que está claramente implícito en el pensamiento de Pablo. “Mientras que sus observaciones, en líneas generales, están de acuerdo con la diatriba¹⁵ convencional contra la extravagancia de las mujeres, lo más importante que Pablo tiene en mente es lo impropio de que las mujeres exploten su atractivo físico en tales ocasiones y también el trastorno emocional que pueden ocasionar en sus hermanos varones”¹⁶. Knight explica que “la razón por la que Pablo prohíbe los peinados ostentosos, la joyería recargada y los vestidos demasiado costosos se hace evidente cuando uno lee en la literatura de la época acerca de la desmesurada cantidad de tiempo, gasto y esfuerzo que requerían esas joyas y esos cabellos tan cuidadosamente trenzados; no solamente significaban un despliegue de ostentación, sino que también era la forma habitual de vestir de las cortesanas¹⁷ y de las prostitutas... es el exceso y la sensualidad lo que Pablo prohíbe”¹⁸.

Exceso y sensualidad; ambos tienen relación con la modestia. La mujer cristiana controla conscientemente su corazón y sus pasiones en lugar de vestirse y adornarse exagerada, costosa y sensualmente. Si es modesta, no llamará la atención indebidamente. Lo que viste no dirá “¡SEXO!”, ni “¡ORGULLO!”, ni “¡DINERO!”, sino “pureza”, “humildad” y “moderación”.

Un punto más: Como el contexto inmediato de la Epístola de Pablo a Timoteo trata sobre el comportamiento de los cristianos en la iglesia, hay quienes afirman que para el Apóstol este debate se limita a las distracciones en el culto de la iglesia y *no* afecta los principios del modo de vestir en otros momentos. Lo repito, creo que estas personas no entienden a Pablo. La iglesia es “columna y baluarte de la verdad” (1 Timoteo 3:15). Por tanto, los principios enseñados para ordenar nuestras vidas en los momentos de adoración a Dios, deben ser la guía definitiva para nuestro caminar diario en su presencia. ¿Acaso es posible

¹⁵ **Diatriba** – Un fuerte ataque verbal; un discurso dirigido en contra de alguna persona u obra.

¹⁶ Kelly, *Pastoral Epistles*, 66.

¹⁷ **Cortesanas** – Prostitutas, especialmente aquellas cuyos clientes eran de dinero o de la clase alta.

¹⁸ Knight, *Pastoral Epistles*, 135.

creer que la mujer debe vestirse con modestia en la presencia de Dios y de los hombres para asistir al culto y luego ataviarse con orgullo y sensualidad fuera de las reuniones de la iglesia? La siguiente observación de Knight es perceptiva: “Por tanto, las instrucciones de Pablo a las mujeres, al igual que las que acaba de dar a los hombres, están dentro del contexto de las reuniones de la comunidad cristiana, pero no se limitan a ellas... las mujeres han de vivir siempre en consonancia con su profesión de piedad, vistiendo modesta y discretamente”¹⁹. Tenemos, pues, directrices bíblicas referentes al vestir con decoro que empiezan en el contexto del culto de la iglesia y se extiende a nuestra vida cotidiana.

Adaptado de *La modestia cristiana* de Jeff Pollard
a su disposición de CHAPEL LIBRARY.

Jeff Pollard: Anciano de Mount Zion Bible Church, Pensacola, Florida, EE.UU.



La modestia y el pudor les quedan bien a las mujeres en todo momento, especialmente en los de adoración pública. Cuanto más de esto mezclen con su gracia y su personalidad, más hermosas son, tanto para Dios como para los hombres. —*Juan Bunyan*

Si quieren ustedes adornos, aquí están: aquí hay joyas, anillos, vestidos y toda clase de adornos. Hombres y mujeres, vístanse hasta brillar como ángeles. ¿Cómo pueden hacerlo? Vistiéndose de benevolencia, de amor por los santos, honestidad e integridad, rectitud, piedad, bondad fraternal, caridad. Estos son los adornos que los ángeles mismos admiran y que, aun el mundo, habrá de admirar porque los hombres tienen que admirar al hombre o la mujer ataviada con las joyas de una vida santa y la conversación piadosa. Les ruego, hermanos, que “en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador”. —*Charles Spurgeon*

¹⁹ *Ibíd.*, 131.

UN PECADO VERGONZOSO DE NUESTRA ÉPOCA

Arthur W. Pink (1886-1952)

“Y por el vestido, ¿por qué os afanáis?” (Mateo 6:28).

Jesús no prohíbe aquí toda preocupación por la ropa. De hecho, existe un aspecto lícito y espiritual por el que debemos esforzarnos sinceramente. Se trata de vestir de una manera decorosa que sea [apropiada] para el lugar en esta vida que la divina providencia nos ha designado y lo que sea adecuado para nuestra salud y el bienestar de nuestro cuerpo. Lo que aquí se prohíbe es una preocupación carnal y exagerada por la ropa, que surge, ya sea de la desconfianza y el temor de [carecer de lo necesario] o por orgullo e inconformidad con la ropa [apropiada] y necesaria. Es esto último lo que constituye el pecado vergonzoso de nuestra época, en que se malgastan anualmente grandes sumas de dinero en lo que uno luce. La moda se ha convertido en un “dios”, las trabajadoras domésticas codician la ropa fina de sus patronas, las cuales pierden mucho tiempo en ataviarse cuando debieran invertirlo en obligaciones más provechosas. Haremos bien en encarar con toda seriedad la pregunta “Y por el vestido, ¿por qué os afanáis?”.

Haríamos bien en preguntar: ¿Por qué ha mantenido el púlpito por tanto tiempo un silencio criminal, en lugar de condenar este pecado flagrante? No se trata de un mal del cual son culpables sólo unos pocos, sino que es común a todos los rangos y edades. Los predicadores no ignoraban que muchos miembros de su propia congregación gastaban dinero que ni siquiera tenían a fin de “vestir a la última moda”, moda a menudo importada de países donde la moral es notoriamente corrupta. ¿Por qué, entonces, no ha denunciado el púlpito tal vanidad y extravagancia? ¿Sería el temor de perder popularidad lo que los detenía? ¿Acaso el obstáculo era ver a su propia esposa e hijas con medias de seda, abrigos de piel y sombreros costosos? Ay, es con demasiada frecuencia que *la familia del pastor*, en lugar de ser un ejemplo de decoro, frugalidad y modestia, ha sido un ejemplo de mundanalidad y derroche para la comunidad. Las iglesias han fracasado lastimosamente en cuanto a la manera correcta de vestir, al igual que en muchos otros aspectos.

Es posible que algunos predicadores que leen este artículo estén listos para argumentar: “Tenemos cosas más substanciales sobre las cuales predicar que dar nuestra atención a semejantes cosas, un mensaje

mucho más importante que uno relacionado con lo que la gente decide usar para cubrirse el cuerpo”. Pero tal respuesta no satisfará a Dios, quien requiere que sus siervos declaren todo su Consejo y no retengan nada que sea provechoso. Si leemos las Escrituras con detenimiento, encontraremos que estas tienen mucho que decir sobre el tema del vestido, desde delantales hechos de hojas de higueras por nuestros primeros padres hasta de la madre de las ramera “vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro de piedras preciosas y de perlas” de Apocalipsis 17. ¿Acaso no ha dicho el Altísimo: “No vestirá la mujer traje de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que esto hace?” (Dt. 22:5). Con razón somos objeto de su ira cuando nuestras calles están cada vez más llenas de mujeres [irreflexivas] vistiendo pantalones¹. ¡Con razón tantas casas de Dios están siendo destruidas porque sus púlpitos han sido infieles durante tanto tiempo!

“Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan” (Mt. 6:28). El alcance de estas palabras es más amplio de lo que parece a simple vista. Dado que “vestido” incluye todo lo que es usado para cubrir y adornar el cuerpo, tenemos que aprender de los “lirios”. Si aprendiéramos la lección de estas hermosas flores silvestres, corregiríamos toda forma de pecado que se relaciona con la manera de vestir. No sólo tendríamos confianza en que Dios supliría todo lo que necesitamos, sino también entenderíamos que le desagradamos cuando centramos nuestros afectos en trivialidades como estas por seguir las modas pecaminosas del mundo o por ignorar sus prohibiciones. Al mandarnos a aprender de las flores del campo, Cristo busca humillar nuestro orgulloso corazón porque, a pesar de nuestra inteligencia, tenemos muchas lecciones importantes y valiosas que aprender. Aun estas creaciones humildes e irracionales nos enseñan algo valioso, siempre y cuando tengamos oídos para oír lo que tienen que decirnos.

“Considerad los lirios del campo”. Esto se incluye aquí para corregir esa preocupación exagerada y esa lujuria que, tanto hombres como mujeres, sienten en cuanto a su manera de vestir. Nos parece que parte de la fuerza del designio de nuestro Señor no ha sido captada en general aquí y esto por no percibir la importancia de su siguiente comentario: “Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?” (Mt. 6:30). Notemos que aunque el lirio es una flor tan linda, no es más que “hierba del campo”. A pesar de su belleza y delicadeza, pertenece

¹ CHAPEL LIBRARY entiende que no todos coinciden con la idea del autor en este punto.

al mismo orden y está al mismo nivel que la hierba común que se seca, muere y es usada (en países orientales donde no hay carbón) como combustible. Entonces, ¿qué base o razón tendría el lirio para sentirse orgulloso y vanidoso? Ninguna, es muy frágil, pertenece a un orden de la creación muy inferior, su hermosura desaparece con rapidez, su destino no es más que el horno.

En lo que acabamos de destacar, descubrimos una razón poderosa por la que no tenemos que preocuparnos excesivamente por nuestra apariencia ni por nuestro vestido. A algunos le han sido dados cuerpos agraciados y rostros bellos, que, como los lirios, son admirados por los que los ven. No obstante, estos necesitan recordar que son parte de una misma especie, de la misma constitución y están sujetos a las mismas experiencias de sus iguales menos favorecidos. La hermosura física es superficial y el rostro más hermoso, en el mejor de los casos, pierde su belleza en unos pocos años. Los estragos de las enfermedades y los efectos del dolor apagan los ojos más luminosos y borran las sonrisas más lindas, y las arrugas pronto dejan su huella en lo que antes era tan atractivo. “Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae” (1 P. 1:24) y la tumba es el “horno” hacia el cual se dirigen los más hermosos, al igual que los menos agraciados.

En vista de la brevedad de la vida y la fugacidad de la belleza física, ¡qué insensato y fatuo es el orgullo por tener un cuerpo exquisito! La hermosura en que necesitamos concentrar nuestro corazón y al que debemos dedicar nuestras energías es “la hermosura de la santidad” (1 Cr. 16:29) porque es una hermosura que no se desvanece, no es temporal ni desilusiona, no es destruida por el sepulcro, sino que permanece para siempre. ¿Y en qué consiste la hermosura de la santidad? Es lo opuesto a lo aborrecible del pecado, que es a la imagen del diablo. La hermosura de la santidad consiste en una conformidad con Aquel de quien dicen las Escrituras: “¡Cuánta es su bondad, y cuánta su hermosura!” (Zac. 9:17). ¡Ésta no es hermosura humana, sino divina! No obstante, es dada gloriosamente a los escogidos de Dios, por eso, “toda gloriosa es la hija del rey” (Sal. 45:13). ¡Oh, cuánto necesitamos orar: “Sea la hermosura del SEÑOR nuestro Dios sobre nosotros” (Sal. 90:17 JUB²)! Es entonces que seremos admirados por los santos ángeles.

No sólo la hermosura de los lirios que se desvanece reprende a los que están orgullosos de su atractivo físico, sino que también condena a todos

² (JUB, siglas de la Biblia Jubileo 2000 en inglés) La traducción de este versículo en la Reina Valera 1960, versión que normalmente usamos, difiere de la KJV y no incluye todo el pensamiento original del autor. La hemos usado en este contexto porque la traducción de este versículo se aproxima más al original hebreo y al inglés de la KJV.

los que convierten a la ropa costosa y ostentosa en un ídolo. Ay, un ser tan lastimosamente desgraciado es el hombre caído que, aun cuando tiene asegurado su alimento (por lo menos para el presente), tiene que desesperarse por la ropa, no sólo para calentarse y estar cómodo, sino para lucirse y alimentar su vanidad. Esto le preocupa al rico tanto como el alimento preocupa al pobre. Entonces, al considerar “los lirios del campo” reconocemos que ciertamente están vestidos de hermosura! ¡Sin embargo, su vida es fugaz y, una vez que se secan, el horno les espera! ¿Es su ambición nada más ser como ellos y compartir su destino? Oh, preste atención a estas palabras: “Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios” (1 P. 3:3-4)...

Los lirios “no trabajan ni hilan”. El Salvador aquí nos pide que tomemos nota de que los lirios no tienen preocupaciones. No trabajan para poder obtener su ropa, como tenemos que hacerlo nosotros. Esto es prueba de que Dios mismo les provee lo que necesitan y los viste con gran atractivo. Este hecho se nos presenta con fuerza para enfatizar nuestro deber de vivir con contentamiento, confiando en la providencia generosa de Dios sin distraernos con preocupaciones... Aunque nadie, pretendiendo confiar en la providencia de Dios, puede vivir sin hacer nada, ni descuidar los medios lícitos comunes para obtener cosas honestas y necesarias, Cristo da aquí la seguridad a todos los que confían en él y le sirven que, aunque todo lo demás les falle, él suplirá sus necesidades. Si por enfermedad, accidente o vejez ya no podemos trabajar, Dios no dejará que nos falte la ropa que necesitemos.

“Pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos” (Mt. 6:29). Con estas palabras, Cristo reprende esa necesidad de los vanidosos que motiva a tantos a hacer un ídolo de su vestuario... Es de notar que al mencionar el esplendor real con que se vestía Salomón, no lo condenaba... Aunque la Palabra de Dios reprende el orgullo y el exceso en el vestir, permite que príncipes y personas de alcurnia usen atuendos extraordinarios y costosos.

¡Qué fatuo es presumir por poder vestir ropa fina y dar tanta atención a nuestro aspecto personal! Porque aunque hayamos hecho todo lo posible de presentarnos [con vivos colores] y atractivos, nos falta mucho para ser como las flores del campo con sus admirables vestidos. ¿Qué tela o seda es tan blanca como los lirios, qué púrpura puede competir con las violetas, qué escarlata o rojo es comparable a las rosas u otras flores de ese color? El trabajo del artesano puede lograr mucho, pero nada es comparable a las bellezas de la naturaleza. Por lo tanto, si no podemos [competir] con las hierbas del campo que pisoteamos y

echamos al horno, ¿por qué hemos de engreírnos con alguna ostentación en nuestra manera de vestir?...

Desgraciadamente, la depravación y perversidad humana es tan grande que convierte en una ocasión para alimentar su vanidad y su exhibicionismo lo que debiera ser motivo de humillación y degradación. Si consideramos debidamente el propósito correcto y principal de la ropa, no podemos menos que humillarnos y avergonzarnos cuando nos la ponemos, en lugar de sentirnos satisfechos con nuestro llamativo vestuario. El vestido para el cuerpo es para cubrir la vergüenza de la desnudez que nos causó el pecado. No siempre fue así, porque está escrito acerca de nuestros primeros padres antes de la Caída: “Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban” (Gn. 2:25). Vestido, entonces, es una cobertura de nuestra vergüenza, la marca de nuestro pecado y no tenemos más razón de sentir orgullo por lo que vestimos que la que tiene el criminal de sus grilletes o el demente de su camisa de fuerza; así como estas son señales de haber actuado mal o de padecer demencia, es el vestido la señal de nuestro pecado.

“Ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos”. Sin duda, lo que Salomón vestía debe haber sido espléndido. Dueño de [ilimitada] riqueza, dueño de una flota de barcos que le traían productos de muchos países, nada faltaba para hacer que su corte fuera de excepcional esplendor y gran pompa. Sin duda, aparecía en las reuniones del estado con las vestiduras más ostentosas e imponentes, pero por más lujosamente que se vistiera, distaba mucho de tener la hermosura de los lirios. Matthew Henry muy bien ha dicho: “Seamos pues más ambiciosos por tener la sabiduría de Salomón que era sin igual —sabiduría para cumplir nuestro deber en nuestro lugar— que la gloria de Salomón que era sobrepasada por los lirios. El conocimiento y la gracia son la perfección del hombre, no la hermosura y, mucho menos, la ropa fina”. A lo que agregamos, busquemos revestirnos “de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (1 P. 5:5), en lugar de una lujuria semejante a las plumas del pavo real.

Tomado de *Studies in the Scriptures* (Estudios en las Escrituras),
a su disposición de CHAPEL LIBRARY (en inglés).

A.W. Pink (1886-1952): Pastor, maestro de Biblia itinerante, autor del voluminoso *Studies in the Scriptures* y muchos otros libros; nacido en Nottingham, Inglaterra.



SÍNTOMAS DEL ORGULLO CORPORAL

Juan Bunyan (1628-1688)

HOMBRE SABIO: Hay dos tipos de orgullo: Orgullo del *espíritu* y orgullo del *cuerpo*. Las Escrituras describen así al primero: “Abominación es a Jehová todo altivo de corazón” (Pr. 16:5). “Altivez de ojos, y orgullo de corazón, y pensamiento de impíos, son pecado” (Pr. 21:4), “mejor es el sufrido de espíritu que el altivo de espíritu” (Ec. 7:8). Y esto dicen del orgullo del cuerpo: “Aquel día quitará el Señor el atavío del calzado, las redecillas, las lunetas, los collares, los pendientes y los brazaletes, las cofias, los atavíos de las piernas, los partidores del pelo, los pomitos de olor y los zarcillos, los anillos, y los joyeles de las narices, las ropas de gala, los mantoncillos, los velos, las bolsas, los espejos, el lino fino, las gasas y los tocados” (Is. 3:18-23). Estas expresiones evidencian que hay orgullo del *cuerpo* al igual que del *espíritu* y que ambos son pecado y, por tanto, son abominables al Señor. Pero *Hombremalo* nunca podía aguantar la lectura de estos textos. Eran para él como Micaías era para Acab: Nunca hablaban bien de él, sino mal (1 R. 22:6-18).

ATENTO: Me supongo que *Hombremalo* no era el único a quien le disgustaran tanto estos textos que hablan contra sus vicios porque creo que la mayoría de los pecadores, en lo que a las Escrituras se refiere, sienten una antipatía secreta por las palabras de Dios que más clara y plenamente los reprende por sus pecados.

SABIO: Eso es incuestionable. Y con esa antipatía, muestran que prefieren más al pecado y a Satanás que a las instrucciones sanas de vida y piedad.

ATENTO: Bueno, pero para no cambiar el tema sobre *Hombremalo*, dice usted que era orgulloso. Pero, ¿me mostrará usted algunos síntomas de una persona orgullosa?

SABIO: Sí, lo haré. Primero le mostraré algunos síntomas del orgullo del corazón. El orgullo del corazón se nota por cosas externas, ya que el orgullo del cuerpo, en general, es una señal de orgullo del corazón porque todos los gestos orgullosos del cuerpo surgen del orgullo del corazón. Por eso dice Salomón: “Hay generación cuyos ojos son altivos y cuyos párpados están levantados en alto” (Pr. 30:13). Y también está “el que abre demasiado la puerta” (Pr. 17:19). Ahora bien, estos ojos altivos y el hecho de abrir demasiado la puerta (jactarse) son señales de un corazón orgulloso porque ambas acciones proceden del corazón. Porque

del corazón procede el orgullo en todas sus manifestaciones (Mr. 7:21-23).

Pero más específicamente: 1. El orgullo del corazón se descubre por su modo arrogante de andar porque el malo, el orgulloso, tiene un cuello orgulloso, pies orgullosos, lengua orgullosa que exaltan su orgullo a cada paso. Lo que los hace parecer altivos es su modo de hablar altanero y cómo se conducen con arrogancia entre sus prójimos. 2. El corazón orgulloso es perseguidor. “Con arrogancia el malo persigue al pobre; será atrapado en los artificios que ha ideado” (Sal. 10:2). 3. El hombre que no ora es un hombre orgulloso (Sal. 10:4). 4. El hombre contencioso es un hombre orgulloso (Pr. 13:10). 5. El hombre soberbio es un hombre orgulloso (Sal. 119:51). 6. El hombre que oprime a su prójimo es un hombre orgulloso (Sal. 119:122). 7. El que no escucha la Palabra de Dios con reverencia y temor es un hombre orgulloso (Jer. 13:15, 17). 8. Tenga por seguro que el que llama *bienaventurado* al orgulloso, es él mismo, un hombre orgulloso. Todo esto son orgullosos de corazón y así es como se revela su orgullo (Jer. 43:2; Mal. 3:15).

En cuanto al orgullo del cuerpo —es decir, *algo* de él— es evidente en todos los casos recién mencionados porque, aunque son calificados como síntomas del orgullo del corazón, son síntomas que se manifiestan también en el cuerpo. Conocemos enfermedades que son interiores pero, a menudo, tienen signos exteriores y visibles, y precisamente por esos signos, el exterior también está contaminado. Lo mismo sucede con esos signos visibles del corazón que son también signos de orgullo corporal.

Pasemos a enfocar señales más exteriores. Usar oro, perlas y ropa costosa, peinados ostentosos, seguir la moda, procurar imitar al soberbio con su porte, sea ya por el hablar, el aspecto físico, vestidos, acciones u otros adornos o baratijas infantiles de los que el mundo está lleno en la actualidad. Todos estos y muchos más son señales de un corazón orgulloso, por lo tanto, también de orgullo corporal (1 Ti. 2:9; 1 P. 3:3-5).

Pero *Hombremalo* no permite de ninguna manera que esto sea llamado *orgullo*, sino más bien *prolijidad*, *atractivo*, *pulcritud*, etc. Tampoco reconoce que seguir la moda sea más que esto porque no quiere ser considerado como altanero, diferente y extraño por sus vecinos.

ATENCIÓN: Pero me han dicho que cuando algunos han sido reprendidos por su orgullo, se han vuelto contra la comunidad de aquellos que les han reprendido, diciendo: “Médico, isana a tus amigos! Fíjense en los de su casa, sus hermanos, aun a los más sabios de ustedes, y vean si

son inocentes, aun ustedes que profesan ser de Cristo—porque, ¿quiénes son más orgullosos que ustedes? ¡Ni el diablo mismo!”.

SABIO: Esta respuesta me causa dolor porque tiene mucha razón. Ésta es exactamente la respuesta que *Hombremalo* le da a su esposa cuando ella, como hace a veces, lo reprende por su orgullo. “Tendremos”, dice, “muchos cambios en la vida ahora ¡porque el diablo se ha convertido en el que corrige los vicios!”. “Porque no hay pecado más prevalente en el mundo”, cita él, “que el orgullo entre los que profesan a Cristo”. ¿Y quién puede contradecirle? Demos al diablo el mérito que se merece: La cosa es demasiado evidente como para que alguien pueda negarla. Y no dudo que los amigos de *Hombremalo* tienen la misma respuesta a flor de labios porque pueden percibir y, de hecho, ven el orgullo exhibido en el vestido y los carruajes de los profesantes, y hasta tanto como cualquiera en el país, para vergüenza. Ay, y me temo que aun sus extravagancias en este sentido han endurecido el corazón de muchos, como percibo que sucedió en el caso del corazón de *Hombremalo* mismo. Por mi parte, he visto a muchos —*incluyendo miembros de la iglesia*— tan engalanados, vestidos y adornados a la última moda por puro exhibicionismo, que cuando han estado en la casa de Dios para adorarlo, me he preguntado con qué cara podían estas personas pintarrajeadas permanecer en el lugar sin desmayarse. Pero no hay duda de que la santidad de Dios y la contaminación de ellos por el pecado es algo que ni se les ocurre, sea lo que sea que profesan ser.

He leído acerca de la frente de una ramera y he leído acerca del pudor cristiano (Jer. 3:3; 1 Ti. 2:9). He leído de atavíos costosos y del vestir que le queda bien a la mujer que profesa piedad: Las buenas obras (1 P. 3:1-3), pero déjeme decir que sé lo que sé y lo pudiera decir, sin hacer mal a nadie, aquello que haría heder a los profesantes allí donde están, pero en este momento me abstengo de hacerlo (Jer. 23:15).

ATENTO: Señor, parece usted muy preocupado por esto, pero ¿puedo decir algo más? Se rumorea que algunos buenos pastores han enfrentado a su gente en cuanto a sus ropas extravagantes, sí, también por su oro y perlas y atavíos costosos, etc.

SABIO: No sé qué habrán argumentado, pero es fácil ver que toleran o, por lo menos cierran los ojos a estas cosas, tanto en sus esposas como en sus hijos. Y, por tanto, “de los profetas de Jerusalén salió la hipocresía sobre toda la tierra” (Jer. 23:15). Cuando la mano de los gobernantes es la primera en violar la ley, ¿quién puede impedir que el pueblo la viole también? (Esd. 9:2).

ATENTO: Esto es lastimoso y digno de lamentación.

SABIO: Así es. ¡Y agregaré que es una vergüenza, un reproche y piedra de tropiezo para el ciego! porque, aunque los hombres sean tan ciegos como *Hombremalo* mismo, pueden ver la necia ligereza que es el fondo de todas estas extravagancias necias y lascivas. Pero muchos tienen listas sus excusas [a saber], sus padres, sus esposos, su educación y cosas parecidas lo exigen... Pero todo esto no será más que como una telaraña cuando el trueno de la Palabra del Dios grande retumbe desde el cielo contra ellos, anunciando su muerte o el juicio. Pero espero que lo haga antes. ¡Ay! Estas excusas no son más que puros pretextos: Estos soberbios las consideran valederas y les encanta lo que hacen. Cierta vez hablé con una jovencita para reprocharle su vestido demasiado llamativo, pero ella me respondió: “Fue la modista que me lo hizo así”. Pobre muchacha soberbia, ella fue quien le dio las indicaciones a la modista para que se lo hiciera así. Muchos culpan a sus padres, sus esposos y sus modistas, etc., pero sus corazones malos y el hecho de ceder a ellos es la causa original de todos estos males.

Tomado de “The Life and Death of Mr. Badman” (La vida y muerte de *Hombremalo*) en *The Works of John Bunyan* (Las obras de Juan Bunyan), Tomo 3, reimpresso por The Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org.

Juan Bunyan (1628-1688): Pastor inglés y uno de los escritores más influyentes del siglo XVII, nacido en Elstow cerca de Bedford, Inglaterra.



Consigue mortificar tu corazón y eso mortificará lo que vistes. —*Vincent Alsop*

Lo que más demuestra la inclinación del hombre o la mujer hacia la lascivia e inmundicia es adornarse con ropa liviana y lasciva. En nuestros días vemos con demasiada frecuencia que la ropa de los que profesan ser creyentes es igual a la de la prostituta, cosa vil que manifiesta afectos muy lascivos y malos. —*Juan Bunyan*

EVITANDO MODAS INDECOROSAS

Vincent Alsop (1630-1703)

*“En el día del sacrificio castigaré a los jefes —dice el Señor—,
a los hijos del rey y a todos los que visten ropa extraña”
(Sofonías 1:8 DHH¹).*

¿Qué distancia debemos guardar respecto de las modas de ropas extrañas que aparecen en nuestros tiempos? La generación actual está lastimosamente intoxicada de todo lo que sea novedoso y no podemos negar que, tristemente, se ha relajado de la seriedad del pasado, lo cual es tan evidente que no se puede negar, esconder, defender, ni, me temo, reformar. Lo más deplorable es que algunos que usan el uniforme de una profesión más estricta² se dejan llevar por la vanidad. Aun “las hijas de Sión” se han contagiado de la infección epidémica (Is. 3:16)... Antes de poder dar una respuesta directa y clara, les pido paciencia mientras presento estos puntos preliminares:

Es cierto que la soberbia causa perplejidad y complica la controversia porque un corazón arrogante nunca puede hacer caber su libertinaje dentro de las reglas estrictas de Dios; al contrario, amplía las reglas y las extiende para conformarlas a sus propias extravagancias. La lujuria que se niega a sujetar sus prácticas torcidas a las reglas derechas, las torcerá para que se acomoden a sus *propias* prácticas torcidas...

La universalidad de la corrupción, como un diluvio, ha cubierto la faz de la tierra... El orgullo y las ganancias, la gloria y el lucro tienen sus propias influencias en esta controversia. Cuando el Apóstol denunció los altares de plata de la diosa Diana de la que tantos artesanos se ganaban la vida, se levantó una enérgica protesta (Hch. 19:23-27)... El que se atreve a ir contra la corriente de los placeres populares de esta época tiene que tener un espíritu fuerte. De modo que intervenir en este debate lo lleva a compartir la suerte de Ismael: “Su mano será contra todos, y la mano de todos contra él” (Gn. 16:12)... No obstante, la caridad nos dará una sola regla segura: Que nos impongamos a noso-

¹ (DHH, siglas de la versión DIOS HABLA HOY) El autor escribió este artículo originalmente en inglés, usando la Versión King James (KJV). La traducción de este versículo en la Reina Valera 1960, versión que normalmente usamos, difiere de la KJV y no incluye todo el pensamiento original del autor. Aunque, por lo general, no coincidimos con la DHH, ni la recomendamos, la hemos usado en este contexto porque la traducción de este versículo se aproxima más al original hebreo y al inglés de la KJV.

² **Estricta** – Seria, que tiene dignidad.

tros mismos una ley más severa y seamos más indulgentes con los demás. La regla de nuestra propia conducta debe ser la más estricta, pero aquella que usamos para censurar a otros, un poco más tolerante... Preguntemos entonces:

¿Con qué fin designa Dios la ropa que la naturaleza requiere? En el estado de inocencia e integridad primitiva, la desnudez era la ropa más preciada. Ningún adorno, ningún atuendo fue nunca tan decente como cuando no existían adornos ni ropa porque no había entonces ninguna irregularidad en el alma, por lo que tampoco la había en el cuerpo, como para sonrojar las mejillas o cubrir el rostro de vergüenza. “Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban” (Gn. 2:25).

Pero una vez que violaron el pacto y quebrantaron la ley de su Creador, la *vergüenza* —fruto e hija del pecado— se apoderó de sus almas, y esto con respecto a Dios y el uno al otro. Lo más práctico que se les ocurrió en el momento fue coserse unas hojas de higuera para hacerse delantales hasta que Dios, teniendo lástima de su desgracia, les proveyó algo mejor para cubrirse, más adecuado a lo que por naturaleza necesitaban, más decente, a saber, “túnicas de pieles” (Gn. 3:7, 21).

La tan admirable sabiduría divina hizo que su ropa sirviera como un memorial permanente de su desmérito, de modo que, el tener que cubrirse, serviría como un recordatorio y convicción continua de su pecado y merecido castigo porque, ¿qué menos podían inferir que el hecho de que ellos como pecadores merecían morir, no así los animales inocentes que tenían que morir para preservar y hacer más cómodas sus vidas? Además, su vestido era para dirigir su débil fe hacia la Semente prometida, en quien podían esperar una mejor cobertura de su vergüenza más grande: La de su inmundicia a los ojos de Dios; en Aquel que, probablemente, estos animales sacrificados tipificaban... Ahora Dios manda y la naturaleza requiere ropa.

1. Esconder la vergüenza y cubrir la desnudez. La ropa fue dada para que nuestros primeros padres y su posteridad, en su exilio del Paraíso, no tuvieran que taparse los ojos y avergonzarse el uno del otro. En conclusión, el uso de cualquier indumentaria o moda que contradice o no coincide con este gran designio de Dios es necesariamente pecaminoso. También se hace evidente que cualquiera de esta indumentaria o moda que contradice en mayor o menor grado este propósito, es proporcionalmente pecaminosa en mayor o menor grado.

¡Pero las mujeres que visten blusas sin mangas y con escotes atrevidos —conscientes de los comentarios y reacciones vulgares que generan— responderán inmediatamente que no sería de ninguna utilidad resolver esta controversia porque no es claro qué partes del cuerpo Dios

ha designado cubrir! Tampoco resulta claro qué parte puede quedar descubierta sin sufrir vergüenza, en vista [de] que algunas partes, como las manos, el rostro y los pies pueden quedar al descubierto sin ser pecado para nosotros ni [representar] una ofensa para otros.

A esto respondo que, en este caso, debe considerarse el uso y los propósitos que les fueron designados a cada parte del cuerpo. El uso del rostro es principalmente para distinguir al hombre de la mujer y a una persona de otra. Las manos son instrumentos de trabajo, ocupación y todas las operaciones manuales. Cubrir comúnmente esas partes cuyo propósito y uso exigen que estén descubiertas, es contradecir los propósitos y el designio de Dios y como consecuencia, pecaminoso.

Descubrir promiscuamente y exponer a la vista las partes que no tienen asignadas estos buenos propósitos y usos es pecaminoso... Por lo tanto, toda indumentaria o moda que expone a la vista estas partes y exponerlas cuando ni Dios ni la naturaleza les ha asignado un uso, es pecaminoso.

Confieso que es cierto que nuestros primeros padres, en la provisión que hicieron en su apuro por cubrir su vergüenza, sólo se cosieron delante. Pero Dios —quien tenía claro qué necesidades tenían sus cuerpos y lo necesario para suplirlas con decencia, sabía cómo satisfacerlas totalmente— les proveyó *túnicas* de modo que todo el cuerpo (excepto las áreas ya estipuladas) estuviera cubierto y ocultara su vergüenza.

2. Otro propósito del vestido es defender al cuerpo de los daños que pudiera recibir en temporadas intempestivas, desde las inconveniencias comunes del trabajo y viajes, y de los posibles accidentes que podrían sufrir en su peregrinaje. La Caída del hombre trajo aparejado calor excesivo y olas de frío. Adán y Eva fueron echados del paraíso para andar y trabajar en un desierto que ahora estaba cubierto de zarzas, espinas y cardos, primeros frutos de la reciente maldición. La ropa les fue asignada por la urgencia de alguna clase de armadura defensiva... Así que cualquier manera de vestir que no concuerda con los fines de la gracia de Dios para defender nuestros cuerpos de esas inclemencias, es pecaminosa. Es una crueldad horrible exponer nuestros débiles cuerpos a aquellos perjuicios para los que Dios proveyó un remedio, simplemente por gratificar nuestro orgullo y alimentar nuestra vanidad...

3. A estos puedo agregar que cuando Dios le hizo al hombre su primer traje, lo diseñó teniendo en cuenta el trabajo para el que fue creado. La primera tarea asignada al hombre fue trabajar, no comer el pan de balde, sino que se lo ganara con el sudor de su frente. Aunque al principio fue una maldición, esto por gracia se convirtió en bendición. En consecuencia, Dios adaptó y acomodó sus ropas a su cuerpo, a fin

de que no impidieran su preparación, su marcha, afán, diligencia o perseverancia en las obras de su llamado particular...

4. Hay todavía otro propósito en relación con la ropa y éste es adornar el cuerpo. Es el que ponen en práctica todos los seguidores lujuriosos de la moda. Quiero presentar algunas premisas para abrirles los ojos a lo inaceptable y lo aceptable como ornato del cuerpo y, luego, llegar a algunas conclusiones. Las premisas son las siguientes:

Los adornos que se usan aparte de las prendas de vestir, deben tomarse estrictamente como algo distinto de lo que Dios designó como ropa necesaria. En primer lugar, es comúnmente pecaminoso no usar ropa [en público], pero no es inmoral usar adornos. En segundo lugar, la necesidad de la naturaleza requiere que se cubran partes del cuerpo, pero ninguna necesidad ni propósito de la naturaleza requiere que ciertas partes del cuerpo sean adornadas. Los propósitos de Dios y lo que atañe a la naturaleza puede ser asegurado y resuelto plenamente sin cosas adicionales. Los adornos, entonces, son... cuestión de *permiso*, en lugar de mandato.

Una ropa sencilla y simple —verdadero adorno— es suficiente para el cuerpo porque si la desnudez es nuestra vergüenza, la ropa que la cubre, por más sencilla que sea, ya de por sí embellece y adorna nuestro cuerpo.

Los adornos son naturales o artificiales. Los adornos naturales son los que provee la naturaleza, como el cabello dado por Dios... a la mujer para ser su gloria y su velo (1 Co. 11:15). Los adornos artificiales son el producto de invenciones ingeniosas y ocurrentes. En esto, como Dios no ha sido generoso, según el hombre, éste se ha tomado la libertad de ser excesivamente temerario. No satisfecho con una simplicidad primitiva, ha procurado muchas invenciones³ (Ec. 7:29).

Es evidente que Dios permitió que los judíos usaran adornos artificiales que no son parte de la ropa indispensable. “Y Aarón les dijo: Apartad los zarcillos de oro que están en las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras hijas, y traédmelos” (Éx. 32:2)... No obstante, había cierta diferencia entre la indulgencia dada al varón y a la mujer. El Dr. [Thomas] Fuller observa esto en el orden y lugar de las palabras “esposas, hijos e hijas”⁴, intimando que esos hijos varones estaban bajo auto-

³ **Invenciones** – Cosas originadas por el ingenio de alguien; en este caso, adornos, etc.

⁴ Por lo general, las mujeres judías eran las que usaban aretes, al igual que los hijitos varones cuando todavía estaban bajo la tutela de sus madres; “Apartad los zarcillos de oro que están en las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras hijas, y traédmelos” (Éx. 32:2). Donde, por hijos, entendemos niños (por lo tanto, en el texto: rodeados de mujeres a sus dos lados), mientras aún no se diferenciaba su sexo por su conducta. Pero es dudoso que los varones adultos usaran aretes [zarcillos], si es que los usaban... (Fuller, *A Pisgah-sight of Palestine* [Una vista general de Palestina], 533)

ridad paternal como lo explica en su obra, *A Pisgah Sight of Palestine*⁵. Esto es lo que parece implicar Isaías 61:10, que menciona de hecho “adornos” del novio, pero sólo “joyas” de la novia como si el sexo masculino se limitaba a un estilo de adornos más masculinos y serios, mientras que a las mujeres les era permitido un mayor grado de adornos y atuendos atractivos. Y cuando Dios permitió a las mujeres judías copiar de sus vecinas joyas de plata y oro, su uso no se limitaba a hijos e hijas y no incluía a los hombres adultos (Éx. 3:22), lo cual también, evidentemente, denota Jueces 8:24, donde dice que el ejército conquistado por Gedeón usaba zarcillos de oro porque eran ismaelitas.

Aunque puede haber algo típico o simbólico en las joyas usadas por las mujeres judías (como yo creo que lo había), su uso era un derecho común de las mujeres, según la tribu a la que pertenecían. De hecho, eran de uso habitual mucho antes de la formación de la nación judía. “Y cuando los camellos acabaron de beber, le dio el hombre un pendiente de oro que pesaba medio siclo, y dos brazaletes que pesaban diez” (Gn. 24:22).

Habiendo presentado estas premisas, paso ahora a las siguientes conclusiones.

PRIMERA CONCLUSIÓN: Cualquier objeto que pretende adornar, sin ser modesto, serio y sobrio, y que no coincide con la piedad, no es un adorno, sino una *deshonra*. La *modestia* nos enseña a no exponer a la vista esas partes que no lo requieren, ni por necesidad ni uso. La *humildad* nos enseña a evitar llamar la atención a cosas sin importancia engalanando un cuerpo vil que no tardará en ser un festín de los gusanos. La *buena administración* nos enseña a no cubrir nuestra espalda con aquello que podría ser alimento para una familia pobre. La *santidad* nos enseña que no nos empeñemos tanto en vestir bien al hombre exterior cuando el hombre interior está desnudo. La *caridad* nos enseña a no derrochar dinero en nuestro propio cuerpo cuando tantos de los hijos de nuestro Padre carecen de alimento y vestido. Y la *sabiduría santa* nos enseña a no desperdiciar esos minutos preciosos con el peine y el espejo, con rizarnos el cabello y pintarnos el rostro que debiéramos dedicar a aquello que incide sobre nuestra eternidad.

Recomiendo la lectura de 1 Pedro 3:2-4: “[Considerad] vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible,

⁵ Thomas Fuller, *A Pisgah-sight of Palestine and the Confines Thereof with the Historie of the Old and New Testament Acted Thereon* (Una vista general de Palestina con la influencia de la historia del Antiguo y Nuevo Testamento sobre ella) (Londres: William Tegg, 1869).

que es de grande estima delante de Dios”. Ofrezco para su consideración los siguientes comentarios sobre este pasaje:

1. Los peinados ostentosos, de adornos de oro, no son condenados de por sí, sino cuando son nuestro ornamento *principal*, les dedicamos demasiado cuidado para que sean perfectos y son demasiado costosos o lujosos. Es el lujo del vestido lo que se condena, no el hecho de ponerse “vestidos”.

2. La regla para regular estos ornamentos es que sean totalmente congruentes con una conducta pura y reverente. Tiene que ser la conducta más pura y reverente que puede haber. El fuego puro y virginal de la castidad que arde sobre el altar de un corazón santo tiene que irradiar y resplandecer en castidad de palabras, acciones, vestido y adornos porque cuando Dios ordena castidad, también prescribe lo que la alimentará, manifestará y declarará. Prohíbe todo lo que pueda ponerla en peligro, herirla, debilitarla, mancharla o perjudicarla.

3. El temor santo debe ser puesto como severo centinela para montar una guardia estricta sobre nuestro corazón con el fin de que no admita nada que pueda mancharlo, ni proyectar nada que pudiera contaminar el de otro. Tenemos que vigilar nuestro propio corazón y los ojos de los demás. [No debemos] ponerle una trampa a la castidad de otro ni carnada a la nuestra. Esta “conducta pura y reverente” debe ir acompañada de un temor santo.

4. El temor y celo santo tienen [mucho trabajo que hacer con relación al] tema de los adornos corporales. No erremos en pensar que estos adornos externos de oro o peinados ostentosos son de gran consecuencia; evitemos darles importancia, caer en una práctica inmoderada y en gastos superfluos de los mismos.

5. La regla tiene que ser la que Pedro estableció como un modelo: “Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos” (1 P. 3:5). Notemos primero que tiene que haber mujeres *santas* que sean la norma para imitar: No una Jezabel pintarrajeada, ni una Dina bailarina, ni una Berenice exhibicionista, sino una Sara santa, una Rebeca piadosa y una Abigail prudente. Segundo, su atuendo tiene que ser como en “los viejos tiempos” cuando apenas si había orgullo; no como ahora, que la soberbia ha aumentado y se ha extendido. En aquellas épocas, la pulcritud era sinónimo de garbo y elegancia. Hoy, cuando el mundo ya es un espacio decadente, todo es muy diferente. Tercero, tiene que haber los que pueden confiar en que Dios los libraré del mal porque ellos mismos no juegan con la tentación porque no se puede concebir cómo alguien puede confiar que Dios le dé victoria [cuando] desafía y provoca el combate. ¿Cómo podría alguien esperar que la gracia divina le

impidiera ser vencido, cuando por su indumentaria tentadora provoca a otros a atacar su castidad? Si, pues, las “hijas de Sión” han de ser herederas de la *fe* de Abraham, tienen que comprobar que son seguidoras de la *modestia* de Sara.

SEGUNDA CONCLUSIÓN: Nada puede pretender ser un adorno lícito si altera la distinción que Dios ha puesto entre los sexos. La ley dada en Deuteronomio 22:5 es una realidad moral y obligación perpetua: “No vestirá la mujer traje de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que esto hace”. La expresión “traje de hombre” comprende cualquier “vasija, instrumento, utensilio, prenda de vestir o adorno”, militar o civil, usado para diferenciar el sexo, según Henry Ainsworth⁶ en sus *Annotations on the Pentateuch* (Notas sobre el Pentateuco)... Dios, por lo tanto, quiere que se observe una distinción inalterable en la ropa exterior de cada sexo. Éste es un muro de protección alrededor de la Ley Moral para prevenir aquellos homicidios, adulterios y lujurias promiscuas que bajo estos disfraces serían más secreta y fácilmente perpetrados... ¿Qué forma particular de indumentaria ha de distinguir a un sexo del otro? Esto tiene que ser determinado por las costumbres de cada país en particular, siempre y cuando esas costumbres no violen alguna ley general de Dios respecto de las normas de la decencia, el propósito de la ropa o las instrucciones de las Escrituras.

No obstante, parece haber algo de adorno distintivo provisto por Dios de manera que la diferencia entre los sexos no se deje a las costumbres arbitrarias o a las inclinaciones desordenadas del hombre. Un ejemplo es el cabello y la manera de usarlo o, por lo menos, la barba, que le fue dada a un sexo y no al otro. Por lo tanto, parece probable que el hecho de que la mujer se corte el cabello o que el hombre se lo deje crecer largo es una violación del distintivo y del conocimiento que el Dios de la naturaleza les ha otorgado...

TERCERA CONCLUSIÓN: Nada debe ser permitido como adorno que contradiga el propósito de toda ropa, a saber: Cubrir la desnudez. Pero entre nosotros, nuestras damas... no están dispuestas a reconocer que sea desnudez, ni vergüenza, tener sus pechos descubiertos. Pretenden que las partes que la decencia requiere cubrir y cuya desnudez son motivo de vergüenza, son sólo aquellas que el Apóstol llamó “menos dignas” o “menos decorosas” (1 Co. 12:23).

A esto contesto, primero, que no hay partes del cuerpo que sean en sí mismas “menos dignas” o “menos decorosas”. Segundo, que descubrir cualquier parte lo será cuando no hay ningún motivo honroso para

⁶ Henry Ainsworth (1571-1622) – Pastor y erudito no conformista inglés.

hacerlo. De hecho, el profeta llama descubrirse la melena, andar descalzo, descubrirse las piernas como la “desnudez” y “vergüenza” de los babilonios (Is. 47:2-3). Aunque quiere significar una desnudez necesaria —que puede ser un reproche, pero no un pecado— cuando es *voluntario*, lo que en el caso citado era hecho por *necesidad*, se convierte en *pecado y reproche*.

Argumentan que lo que hacen *no* es por orgullo (para gloriarse de la belleza del cutis) ni por lujuria (para seducir a otros a fin de que se enamoren de su belleza), sino sólo evitar el reproche de querer ser diferente y destacarse un poquito, quizá lo que ha estado de moda entre personas de más alcurnia y bien educadas.

Para anular este argumento, diremos en primer lugar que es una característica de singularidad santa ser sobrio solo, que loco acompañado. ¿Qué cristiano no preferiría quedarse atrás en lugar de forzarse a marchar al ritmo de una época dislocada y de todas sus conductas irracionales? Y, en segundo lugar, coincidir con una generación vanidosa y caprichosa dista mucho de ser una excusa valedera que, de hecho, agrava la vanidad de hacerlo.

Pero estos son solo inventos para disimular la extravagancia. Los estímulos persuasivos son mucho más profundos, los cuales, no pudiendo juzgar a todos, tenemos que dejarlos para que los censuren sus propias conciencias. Me atrevo a decir que es para atraer e invitar a clientes porque ¿qué otra cosa significa la tienda abierta con el letrero en la puerta más que hay algo en venta? Ni me explayaré sobre la práctica ambiciosa de las damas que se empeñan en exhibir un cutis suave, claro y hermoso. Les preguntaría a los que se toman el tiempo para admirar tal belleza de la piel, de qué color es el cutis de su cónyuge o de su amante. Mientras tanto, es muy claro que la arrogancia e impudencia han usurpado el lugar y producido el efecto de una simplicidad primitiva. Las mujeres andan ahora casi desnudas, *pero no sienten ninguna vergüenza*.

Tomado de “What Distance Ought We to Keep, in Following the Strange Fashions of Apparel Which Come Up in the Days Wherein We Live?”. (¿Qué distancia debemos mantener con las modas extrañas de ropa que surgen en la época en que vivimos?) en *Puritan Sermons* (Sermones puritanos) 1659-1689, reimpresso por Richard Owen Roberts, Publicadores.

Vincent Alsop (1630-1703): Pastor inglés no conformista, nacido en Northamptonshire, Inglaterra.



CÓMPLICES DEL ADULTERIO

Robert G. Spinney

Hace mucho que los cristianos relacionan la ropa inmodesta con la inmoralidad sexual. Para nuestro asombro, hoy éste es tema de debate. A veces, se considera que la persona que señala la conexión entre inmoralidad y la forma de vestir indecorosa sólo está expresando su propia debilidad personal en lo que a las tentaciones sexuales se refiere. El que se cubre poco con la ropa (y la ropa misma que poco cubre) no se considera el problema; sino el que se queja de esta manera de vestir. (Es el mismo argumento que las feministas militantes han usado desde hace tiempo, un argumento que ahora oímos de los cristianos: La mujer debe tener la libertad de usar lo que quiera y cualquier problema que resulta es debido a lo vulgares que son los varones.) Esto calla los argumentos en pro de la ropa modesta; el que presenta tal argumento es juzgado como que está expresando su propia lujuria. Gracias a la inmodestia socialmente aceptable, el que la desafía es acusado de tener una mente sucia.

Pero las antiguas confesiones y los catecismos muestran lo insubstancial de esta aseveración. Mucho antes de los biquinis, trajes de baño demasiado ajustados, shorts muy cortos y *strapless* (vestidos sin tirantes), los cristianos conocían la conexión esencial entre la inmoralidad sexual y la manera de vestir indecorosa. Su aplicación general de la Palabra de Dios con referencia a la pureza sexual —y su búsqueda seria de santidad— los llevó a denunciar la ropa inmodesta. La afirmación moderna de que ninguna ropa es inapropiada para el cristiano hubiera consternado a nuestros antecesores espirituales...

[Este artículo] es un llamado a obedecer el séptimo mandamiento: “No cometerás adulterio” (Éx. 20:14). Requiere la preservación de tanto nuestra propia pureza sexual como la de nuestro prójimo, una pureza que debe demostrar nuestro corazón al igual que nuestra conducta. Dicho negativamente, el mandamiento prohíbe pensamientos, palabras y acciones impúdicas. Lo violamos si lo que vestimos expresa nuestros propios deseos sexuales, promueve la inmoralidad sexual en nosotros o en otros, sanciona tácitamente (aunque quizá sin intención) lo impúdico y lujurioso, o tienta a otros a cometer pecados sexuales.

¿Es usted cómplice del adulterio? Nuestro sistema legal reconoce acertadamente que, tanto los homicidas como sus cómplices, son trans-

gresores. De manera similar, tanto los adúlteros como sus cómplices, son culpables de transgredir la Ley de Dios.

Si usamos ropa que incita la lujuria en alguien, entonces somos sus cómplices. Esto nos hace copartícipes del pecado, no importa cuáles sean nuestras intenciones. El cristiano no puede decir: “No estoy tratando de ser sexualmente provocativo con mi manera de vestir. No tengo motivos inmorales. Por lo tanto, lo que visto es decoroso”. Iré más allá. Como esposo y padre de familia, soy cabeza de mi hogar. Cuando permito que miembros de mi familia usen ropa que contribuye a que otros adulteren en su corazón, *soy culpable de promover el pecado*.

Ésta es una de las razones por la cual, tanto hombres como mujeres, deben vestirse modestamente. Los hombres pueden promover lujuria en la mujer tal como la mujer puede promover pensamientos sexualmente inmorales en el hombre. La Biblia usa la frase *piedra de tropiezo* [u *ofensas*] cuando nosotros, por lo general, usamos la palabra *cómplice*.

¿Qué es una piedra de tropiezo? Es algo que tienta a alguien a pecar. En Mateo 18:7-9, Jesús dijo: “¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo! Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego”... En este pasaje, la primera preocupación de Jesús es que nos examinemos a nosotros mismos y eliminemos los obstáculos que nos tientan a pecar. Pero también podemos ser piedras de tropiezo para otros y ¡ay del hombre por el que aparece la piedra de tropiezo! Este concepto se aplica a mucho más que a la manera de vestir, pero es indudable que la incluye.

Notemos las metáforas extremas en este pasaje: Ampútate la mano. Córtate el pie. Sácate el ojo. En realidad, Jesús no está recomendando la automutilación. Está usando un lenguaje figurado para enseñar una lección: Es indispensable actuar drásticamente para evitar lastimarse o lastimar a otros espiritualmente. Haga cosas radicales para asegurarse de no crear obstáculos que impidan su búsqueda del Reino de Dios... Vestir con modestia es un precio relativamente bajo que pagar.

Me asusta oír que un cristiano diga: “Si mi modo de vestir enciende la lujuria de Fulano, eso es *su* problema”. Esta actitud, sencillamente, no es bíblica. Es lo mismo que decir: “No soy responsable por las piedras de tropiezo morales que causo con mi modo de vestir”. Es cierto que la lujuria de Fulano *sí es* su problema y es de él principalmente, pero si lo que

uno viste lo hace su cómplice —*una piedra de tropiezo*— entonces la Palabra de Dios dice que se convierte también en su problema. El Señor Jesucristo mismo condena a aquellos que incitan a otros a pecar: ¡Ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!

John MacArthur presenta este punto en su discusión sobre 1 Timoteo 2:9 y Mateo 18:7-9. Dice: “La mujer caracterizada por esta actitud [de modestia] se viste de modo que evita ser el origen de alguna tentación... La mujer piadosa aborrece tanto al pecado que evita todo lo que provocaría a alguien a pecar. ¡Mejor estar muerta que llevar a otro creyente a pecar!”¹. ¿Por qué se visten algunos cristianos para convertirse en “eventos lujuriosos”? A menudo es por inocente ignorancia. Muchos creyentes sencillamente no saben que una ropa provocativa tienta fácilmente a otros cristianos o no cristianos a pecar. La siguiente norma se aplica especialmente a las mujeres cristianas: A menudo, no comprenden que muchos varones cristianos experimentan una gran angustia en su alma al luchar contra la tentación sexual. Sin mala intención, visten ropa que es piedra de tropiezo. Recordemos que los varones cristianos son santos, ¡no ángeles! Hermanas, por favor amen a sus hermanos de tal manera que eviten tentarlos a pecar. Margaret Buchanan tiene razón cuando escribe: “Al vestirse de un modo provocativo, de hecho, las chicas y mujeres hostigan sexualmente a los hombres”. Esto es cierto, aun cuando no haya una intención deliberada de promover sensualidad con el modo de vestir.

No obstante, en otros casos, el problema no es la *inocencia ignorante* sino, más bien, la falta de disposición a honrar a Dios y amar a nuestros prójimos con nuestro modo de vestir. La Biblia declara que el cuerpo del cristiano le pertenece a Dios, tanto por derecho de creación y de sustento como por derecho de redención (1 Co. 6:19-20). Cada segundo de la vida del cristiano ha de ser vivido bajo el señorío de Cristo y para la gloria de Dios; y esto incluye su indumentaria. Un cristiano, sencillamente, no puede decir: “Me puedo vestir como se me da la gana”.

Por favor escuchen a nuestro Señor cuando dice que hay que tomar acciones drásticas para reducir las tentaciones y las piedras de tropiezo. Esto es un mandato, no una sugerencia. (*Ver* 1 Co. 8:9; 10:31-33). Vestir con modestia es sencillamente un resultado de una preocupación piadosa y altruista por el bienestar de los demás.

Tomado de *Dressed to Kill*, publicado por Tulip Publications



¹ John MacArthur, *1 Timothy* (1 Timoteo) (Chicago: Moody Press, 1995), 80.

SU ROPA REVELA SU CORAZÓN

Richard Baxter¹ (1615-1691)

La preocupación que la gente tiene por su [ropa]², lo que gastan en banalidades, su anhelo por alcanzar el nivel más alto en su rango, y ni hablemos de las modas cambiantes e indecorosas, demuestran en qué gastan su dinero. Quiero que estas personas piensen en lo que les voy a decir.

La manera de vestir vanidosa es el efecto indudable de la vanidad de sus mentes. Quien viste de manera vanidosa, proclama abiertamente ser persona insulsa, infantil y de escaso entendimiento. Aun los más pecadores, los que usan sólo el sentido común, consideran esta vanidad en el modo de vestir más pecaminoso de lo que ellos mismos podrían ser. Por lo tanto, es considerado comúnmente como el pecado especial de mujeres, niños y varones casquivanos y superficiales. ¡Aquellos que no tienen nada de valor interior como para recomendarlos a la sociedad son verdaderamente tontos si creen que alguna persona sabia aceptaría una capa de seda a cambio de su valor interior! La sabiduría, la santidad y la rectitud son los adornos del hombre, *esa* es la hermosura que embellece su alma. ¿Les parece que la gente sabia cambiaría la sabiduría, virtud o santidad por prendas de vestir exquisitas? Se puede vestir con ropas exquisitas, tanto el necio como el sabio, ¿pero creen ustedes que con esto el necio puede pasar por sabio? Cuando entró un hombre elegantemente vestido y ostentoso al estudio del famoso pintor Apelles³ para que le pintara un autorretrato, mientras no abrió la boca, los aprendices lo trataban con sumo respeto porque venía engalanado de encajes de oro y plata, pero en cuanto empezó a hablar, se dieron cuenta de que era un *tonto*. Todos le perdieron el respeto y se reían de él.

Cuando los ven a ustedes vestidos de lo mejor y más extraordinario que ofrece la moda, llaman la atención y la gente se pregunta: “¿*Quién es aquella persona tan bien vestida?*” o “¿*Quién es aquél?*” Pero cuando per-

¹ **Nota del editor:** CHAPEL LIBRARY no coincide con los conceptos de Baxter sobre la expiación y justificación de Cristo. El uso de este artículo no constituye una aprobación de sus otros escritos.

² **Nota del editor:** El estilo del inglés del autor es, a veces, muy difícil para el lector moderno, aún más que los de otros escritores puritanos. El artículo ha tenido más trabajo editorial que de costumbre en un esfuerzo por conservar el poder de su pensamiento, pero aumentando su facilidad de lectura.

³ **Apelles** (siglo IV a. de J.C.) – Pintor griego, conocido ahora sólo por fuentes escritas, pero muy aclamado a lo largo y ancho del mundo antiguo.

ciben que son más superfluos e inútiles que otros, se ríen de ustedes y los desprecian. Su exceso en el vestido es, justamente, la señal del necio que demuestra al mundo quiénes son ustedes, tal como un letrero en un salón indica que habrá entretenimiento para el público... Si veo a alguien exageradamente esmerado en su vestir, tengo que sospechar que debe ser por algo; algo anda mal cuando es necesario poner tanto esmero y tener que generar curiosidad. ¿Cuál es el defecto que quiere esconder con esto? *¿Es una falla en su mente?*... Uno está anunciando que es un alma vacía y tonta con tanta claridad como el danzante moro⁴ o como un actor muestra quién es por medio de sus vestimentas...

También exhiben ustedes orgullo, lujuria o ambos cuando los observan. En otros casos, son cuidadosos en esconder su pecado y consideran un insulto si los delatan y los reprenden. Entonces, ¡cómo es que están aquí tan ansiosos por dar a conocer que llevan las señales de la lujuria y la vanidad a la vista de todos! ¿Acaso no es una deshonra para los pillos y ladrones tener que llevar la señal de su transgresión estampada con fuego en la mano o en la frente o tener que andar con un anuncio prendido a la ropa en la espalda que declara sus crímenes para que todos los que lo ven digan: “Allí está un ladrón y allá anda un perjuro⁵”? ¿No es muy similar que lleven ustedes la etiqueta del orgullo o lujuria por las calles y a las reuniones?

¿Por qué anhelan ustedes ser tan exquisitos, prolijos o bien parecidos? ¿Acaso no es para atraer las miradas y para que los demás observen su prestancia? ¿Y con qué fin? ¿Acaso no es para dar la impresión de ser ricos, hermosos o elegantes? ¿Para qué fin quieren que los demás tengan esta impresión de ustedes? ¿No saben que este deseo es un reflejo del orgullo mismo? ¡Necesitan ser “alguien” y quieren ser notados y valorados! Quieren que los consideren como del mejor o más alto rango que puede haber. *¿Qué es esto sino orgullo?*

¡Espero que sepan que el orgullo es el pecado del diablo, el primogénito de toda iniquidad y que el Padre celestial lo aborrece! ¡Sería más meritorio para ustedes a los ojos de los sabios proclamarse mendigos, borrachos o idiotas que proclamar su orgullo! Con demasiada frecuencia demuestran un dejo de *lujuria*, al igual que de orgullo, especialmente si son jóvenes. Pocos son más propensos que estos a caer en este pecado. Estos modos de vestir provocativos y exquisitos no son más que el fruto de una mente insolente y desvergonzada, es claramente una manera de flirtear y atraer. ¡No es por nada que quieren que los vean y los crean lindos! Ustedes quieren algo; ¡pueden imaginarse *qué!* Aun los

⁴ **Danzante moro** – Danzante que bailaba una danza grotesca en un disfraz recargado con campanillas; estos usualmente representaban personajes de la leyenda de Robin Hood.

⁵ **Perjuro** – Culpable de una declaración falsa bajo juramento de decir la verdad.

casados —si valoran su reputación— deberían cuidarse de que sospechen de ellos.

Señores, si son ustedes culpables de desvaríos, orgullo y lujuria, lo mejor que pueden hacer es buscar en Dios un *remedio* efectivo y usar los medios útiles para su curación, no los que tiendan a empeorarlo y aumentarlo, como de hecho lo hacen las indumentarias tan extravagantes e inapropiadas. Pero si no quieren curarse, escóndanlo por vergüenza. ¡No le digan a todos lo que hay en su corazón! ¿Qué dirían ustedes de alguien que camina por la calle diciéndoles a todos los que encuentra: “Soy ladrón” o “soy fornicario”? ¿No les parecería que es más que insolente? ¿Y cuánto se parece éste al que escribe en su propia espalda: “¡Desquicio, orgullo y lujuria!” o les anuncia con su manera de vestir: “¡Mírenme! Soy tonto, soberbio y lujurioso”?

Si son ustedes tan fatuos como para pensar que usar ropa llamativa los hace dignos de honra, tienen que considerar también que esto no es más que mendigar vergonzosamente la honra de los que los ven, cuando en realidad no les muestran nada de lo que ustedes se creen. La honra tiene que ser el resultado de una conducta ejemplar, no por mendigarla, porque no es honra lo que se da a los que no la merecen... Vestirse llamativamente demuestra tan abiertamente el deseo de ser estimado y honrado que les anuncia a todos los que sí tienen sabiduría que no son ustedes merecedores de ella. Porque entre más estima quiere el hombre, menos la merece.

Por su modo de vestir, ustedes le anuncian al mundo que quieren honra, tan clara y tontamente como si le dijeran a alguno por la calle: “Le pido que piense bien de mí, que me considere una persona elegante, agraciada que está muy por encima de la gente común”. ¿No se *reirían* ustedes del que le hiciera un pedido así? Pues, ¿no es lo mismo que hacen ustedes cuando, con su modo de vestir, están rogando que los estimen? ¿Por qué, díganme, debemos estimarlos? *¿Es por su ropa?* Ay, puedo ponerle un encaje de plata a una escoba o un saco de seda a un poste o a un asno. *¿Es por el cuerpo lindo que tienen?* ¡Ay, el malvado Absalón era hermoso y las ramerás más viles han tenido un cuerpo tan lindo como cualquiera de ustedes! Un cuerpo lindo o un rostro hermoso, muchas veces, muestra el alma, pero *nunca* la salva del infierno. El cuerpo nunca es más lindo por su vestido, por más que lo parezca. *¿Quiéren ser estimados por sus virtudes?* El orgullo es el peor enemigo de la virtud y una deformidad tan grande del alma como lo es del cuerpo, la viruela. Y los que los creen a ustedes [más dignos] porque visten un traje nuevo o un encaje de plata saben de la dignidad tan poco como ustedes. Por lo tanto, dejen de mendigar estimación por los medios que incitan al sabio a rechazarlos. Dejen que la honra llegue sin mendigarla o confórmense sin ella.

Consideren también que la ropa llamativa es contraproducente para los fines que tienen los soberbios. Confieso que, a veces, atrapa al necio y satisface así los anhelos del lujurioso, pero rara vez consigue éste su propósito. Su deseo es ser considerado mejor que otros, pero la mayoría piensa todo lo contrario. El hombre sabio tiene más discernimiento como para creer que un sastre puede fabricar *sabiduría* en un hombre o en una mujer, u *honestidad* en un hombre o en una mujer o *distinción* en un hombre o en una mujer. El hombre bueno le tiene lástima, lamenta sus disparates y defectos, y le desea sabiduría y humildad. A los ojos del hombre sabio y lleno de gracia, el pobre cristiano abnegado, humilde, paciente y celestial vale mil de esos postes artificialmente pintados y esos pavos reales soberbios. Y es así que llegamos a la conclusión de que los impíos mismos ven frustradas sus propias expectativas porque, así como al codicioso no le gusta la codicia en otro porque codicia más para él mismo, al orgulloso no le gusta el orgullo en otros porque no quiere nada de competencia o lo quiere sobrepasar en cuanto a posición y procura que lo prefieran antes que a los otros...

Por último, les ruego que no olviden lo que están haciendo con tanto cuidado y lo que es, ese cuerpo que tanto adornan, que los enorgullece tanto ante el mundo y que exhiben tan atractivamente vestido. ¿No se conocen ustedes a sí mismos? ¿Acaso no es más que un terrón de lodo tibio y grueso lo que quieren que los hombres vean y honren? Cuando el alma que descuidan los ha dejado, tendrán entonces otra vestidura. Ese pequeño espacio de tierra que habrá de recibirlos se contaminará de su inmundicia y corrupción, y los más queridos de sus amigos ya no querrán saber nada de ustedes. No hay peor podredumbre en la tumba que ese cuerpo muerto que desciende al sepulcro adornado y pintado y, muy poco tiempo después de su muerte, es la más repugnante carroña.

Mientras tanto, ¿qué son ustedes? Bolsas de inmundicia y sepulcros vivos mezclados entre la carne de otros seres creados que se corrompen diariamente. Son pocos los días en que la mayoría de ustedes no ingieren carne animal que queda en sus cuerpos como en una sucia sepultura; allí quedan y corrompen; en parte lo digieren transformándolo en nutrición y el resto es echado fuera [como excremento]. Es así que andan como sepulcros blanqueados; su ropa exquisita son las coberturas adornadas de suciedad, flema y excremento. Si pudieran ver lo que hay en el interior del engalanado más orgulloso, dirían que su *interior* es infinitamente distinto a su *exterior*. ¡Puede haber cien gusanos [adentro, consumiendo] a la bella doncella o al necio adornado que vive para ser admirado por su manera llamativa de vestir! Si un poco de la [inmundicia] interior se transformara en sarna o viruela, verían ustedes la realidad dentro del que tanto se adorna.

¡Fuera, pues, de esas vanidades; *no sean niños todos los días de su vida!*... Avergüéncense de que alguna vez fueron culpables de tanta necedad como para creer que la gente los honraría por lo que visten, ¡por esa ropa que se sacan de noche y se ponen por la mañana! ¡Oh, pobres ilusos, polvo y carne para los gusanos! Dejen a un lado su necedad y conózcanse a sí mismos. ¡Busquen aquello que les puede prodigar una estima merecida y perpetua, y asegúrense de recibir la honra que viene de Dios!

¡Fuera con los adornos engañosos [y exhibicionistas] y procuren su *verdadero valor interior!* La gracia no se demuestra ni es honrada por las ropas finas, sino que es velada, oprimida y deshonrada por los excesos. ¡La verdadera gloria es la gloria interior! La imagen de Dios tiene que ser la belleza principal del hombre: Hagan que *eso sea lo que brille* en la santidad de sus vidas y serán verdaderamente honorables.

Tomado de “A Treatise of Self-Denial” (Un tratado sobre abnegación) en Baxter’s *Practical Works* (Obras prácticas de Baxter), Tomo 3, reimpresso por Soli Deo Gloria, un ministerio de Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org.

Richard Baxter (1615-1691): Predicador y teólogo puritano inglés; nacido en Rowton, Shropshire, Inglaterra.



Cuídense de ser el instrumento de Satanás para alimentar el fuego de corrupción en otro. Algunos lo hacen a propósito. Por eso la prostituta perfuma su cama y se pinta la cara. Los idólatras, tan prostitutas como la mencionada, llenan sus templos y altares de fotos supersticiosas, adornadas con todo el oro y la plata que pueden para hechizar al espectador. Por esto, dice de ellos la Palabra: “os enfervorizáis con los ídolos” (Is. 57:5), tanto como cualquier amante con su querida en su vestido indecente. Y el alcohólico despierta la tentación de su prójimo “¡Ay del que da de beber a su prójimo! ¡Ay de ti, que le acercas tu hiel, y le embriagas para mirar su desnudez!” (Hab. 2:15). ¡Oh, cuán baja es la obra de estos hombres! Por ley, el que alguien incendie la casa de su vecino significa pena de muerte, ¿qué pues merecen los que prenden fuego al alma de los hombres, peor que el fuego del infierno? Pero es posible que usted lo haga sin saberlo por medio de algo más insignificante de lo que se puede imaginar. Un niño jugando con un cerillo [fósforo] encendido puede prender un fuego a una casa, que después no se puede apagar. Y ciertamente, Satanás puede usar nuestra insensatez e indiferencia para encender la lujuria en el corazón de otro. Quizá salga de nuestra boca alguna palabra vana sin querer dañar a nadie, pero una chispa de tentación puede extenderse al corazón de un amigo y encender allí un lamentable fuego. El atavío lascivo, quizás [escotes] o los hombros descubiertos, que quizá se usa con un corazón limpio y sólo porque está de moda, puede resultar una trampa para otro. Pablo dice: “Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano” (1 Co. 8:13). ¿Y podemos admirar un vestido frívolo de una moda inmodesta que ofendería a otros y, aun así, usarlo? Reflexionemos que el alma de nuestro hermano es de más valor que la moda de nuestro vestido. —*William Gurnall*

DEMASIADO, DEMASIADO POCO, DEMASIADO APRETADO

Robert G. Spinney

Elaborar una lista de ropa aprobada y una de ropa que no lo es, es un remedio que puede ser peor que la enfermedad. Déjeme explicarle. A veces, Dios da mandatos específicos en la Biblia que dicen claramente cómo aplicarlos. Pero, a veces, Dios da principios y espera que su pueblo mismo haga sus propias aplicaciones piadosas, guiadas por el Espíritu Santo y de acuerdo con su Palabra. Con respecto a la manera de vestir, Dios no da reglamentos exactos para nuestro vestuario; en cambio, nos da principios. Además, hay un sentido en que los valores culturales juegan un papel en determinar la clase específica de indumentarias que son apropiadas, modestas y discretas. El pastor puritano Richard Baxter concluyó su argumento en defensa de la ropa modesta con una advertencia necesaria: “Las costumbres y la opinión común son importantes en lo que a las modas se refiere”¹. En otras palabras, las normas relacionadas con la modestia son muchas veces (pero no siempre) determinadas por contextos culturales. No creo que el apóstol Pedro haya estado vestido indecentemente cuando “se había despojado” de la ropa para trabajar como pescador (Jn. 21:7). Juan Calvino escribió que, estrictamente hablando, la ropa es un “tema indiferente” que “dificulta el establecer un límite fijo sobre el particular”².

Los principios bíblicos son eternamente ciertos; las aplicaciones culturales pueden cambiar. Basado totalmente en la autoridad de la Biblia, me atrevo a decir que Dios manda que nos vistamos correcta y decentemente, lo cual significa hacerlo de una manera consecuente con el mandato de Dios de ser santos como Dios mismo es santo (1 P. 1:16). Dios requiere que nos vistamos modestamente, lo cual significa que no debemos exceder los límites de aceptación moral cuando de nuestra manera de vestir se trata. Hemos de vestirnos discretamente, lo cual significa no tentar a otros a pecar por nuestra manera de vestir. En suma, tenemos que someter nuestro vestuario al señorío de Cristo. “Esto, por lo menos, es seguro y más allá de toda controversia”, dijo Calvino, inmediatamente después de su reconocimiento de que debemos

¹ Richard Baxter, “The Christian Directory” (“El directorio cristiano”) en Baxter’s *Practical Works*, Tomo 1 (Ligonier: Soli Deo Gloria, 1990), 394.

² Juan Calvino, *Calvin’s Commentaries* (Comentarios de Calvino), Tomo XXI, “The First Epistle to Timothy” (La Primera Epístola a Timoteo) (Grand Rapids: Baker Publishing Group, 1993), 66.

tener cautela en cuanto a aplicaciones específicas de que “todo en el vestir que no coincide con lo modesto y decoroso debe ser rechazado”³.

Como creyentes en quienes mora el Espíritu Santo y habiendo sido nuestra mente transformada por la Biblia, Dios nos llama a aplicar estos “principios de modestia” a nuestra vida cotidiana.

Algunos protestan que los principios sin aplicaciones son insuficientes. No obstante, debemos saber que existen varios problemas con tratar de crear códigos específicos y obligatorios para la ropa. Para empezar, sospecho que la mayoría de los lectores de este [artículo] creen (como yo) en la doctrina de la suficiencia de las Escrituras, a saber: Que la Biblia es suficiente para *todas* las cosas que atañen a la vida y a la santidad. No obstante, esa misma Biblia encara constantemente el tema de vestir modestamente como una cuestión de principios. La Biblia no nos provee un código específico de cómo vestir. Aparentemente, el Espíritu Santo consideró, no sólo adecuado, sino también más conveniente, que la Palabra de Dios hablara sobre el tema del vestuario como una cuestión de principios. No me atrevo a ir más allá de lo que lo ha hecho el Espíritu Santo; no me atrevo a decir que los principios de Dios referentes a la modestia son insuficientes. Por supuesto que los pastores deben sugerir posibles aplicaciones a estos principios. Los siervos de Dios tienen que ayudar a su pueblo a aplicar la Palabra de Dios a situaciones de la vida real. Comparto a continuación mis sugerencias sobre la aplicación de los principios.

Recalco que sólo los principios de *Dios* son perfectos y moralmente obligatorios, mientras que mis aplicaciones personales de esos principios pueden ser incorrectas. La Palabra de Dios es infalible, pero mis aplicaciones a su Palabra no lo son. La ropa indecorosa es un problema, pero también lo es si me paso de lo que la Palabra inspirada de Dios dice y exijo que la gente obedezca mis aplicaciones no inspiradas. Lo que va a continuación es un intento por ofrecer una guía práctica en esta área. Estas son *sugerencias*; no son mandatos al nivel de “así dice el Señor”. Nadie las considere reglas no bíblicas, sino como posibles aplicaciones de principios bíblicos. Su autor es un hombre falible, un hombre que es también padre de familia, esposo y cristiano redimido, pero todavía pecador.

La manera inmodesta de vestir, por lo general cae bajo las categorías de “demasiado”, “demasiado poco” o “demasiado apretado”. “Demasiada” ropa se refiere a indumentaria extravagante, llamativa o exagerada. Es ropa que dice: “¡Véanme! ¡Quiero ser el centro de atención!”. Ésta no necesita ser reveladora, pero actúa como una sirena o un reflec-

³ *Ibíd.* 66.

tor; causa que el que la viste se destaque como promotor de sí mismo o de alguna causa. Es ropa que demanda atención o comentarios. Escribiendo hace casi 500 años, Juan Calvino diagnosticó la raíz de este problema: “El lujo y el gasto excesivo [en comprar prendas de vestir] surgen de un anhelo de ostentación y hacerse ver, ya sea por soberbia o por haberse apartado de la castidad”⁴. Este anhelo por atraer espectadores, a veces, resulta en que la mujer parezca la mala mujer de Proverbios 7. Quizá los ejemplos más obvios de *demasiado* [exagerado] son las ropas que usan las celebridades del mundo de la farándula. Esa ropa es cara y visualmente seductora y, por lo general, va acompañada de abundantes joyas ostentosas. Nada tiene de pecaminoso una joya, pero llega un punto cuando la apariencia general es demasiado llamativa y exagerada.

Lo que uno viste es ciertamente “demasiado” cuando presenta un mensaje que puede percibirse razonablemente como contrario al cristianismo. Consideremos la moda gótica, que se está popularizando tanto que su ropa está en venta en tiendas especializadas de los centros comerciales. Por fortuna, la ropa gótica es, a menudo, suelta y cubre adecuadamente el cuerpo, pero proclama un mensaje: Que la subcultura gótica es oscura, rebelde, mórbida y está obsesionada con la depresión y la muerte. Es comprensible que muchos asocien lo gótico con lo oculto. En cuanto a las intenciones del que la viste, esta ropa envía un mensaje que no coincide con el cristianismo. Es “demasiado” o sea que sobrepasa los límites.

¿Qué es lo opuesto a “demasiado” o exagerado? Es ropa que es de buen gusto, pero no llama la atención. No es un medio para demostrar riqueza o status social. Tampoco es descuidada ni sucia; la ropa apropiada no hace que el que la usa llame la atención por estar vestido con demasiada elegancia cuando se encuentra en un grupo de personas vestidas con modestia. No proyecta mensajes que potencialmente dañen a la causa de Cristo o que mal interprete al cristianismo. “No le den demasiada importancia a su ropa”, escribió Richard Baxter. “No se concentren en eso porque es una señal peor que el exceso mismo”⁵.

“Demasiado poca” ropa que no cubre el cuerpo. Dicho sencillamente, muestra demasiada piel. En el caso de las mujeres, esto incluye blusas desabrochadas o escotes atrevidos. También incluye ropa con los hombros descubiertos, como *strapless* (vestidos sin tirantes) o vestidos con tirillas y camisetas sin mangas. Muchas camisetas que dejan al descubierto el estómago y las caderas de la mujer, y que son usadas a

⁴ Calvino, *1 Timothy*, 66.

⁵ Baxter, *Directory*, 394.

veces con shorts muy cortos y faldas bikinis son “demasiado poco” cuando muestran los muslos de la mujer. Lo mismo sucede con blusas transparentes que dejan ver la ropa interior y destacan el contorno del cuerpo. En las palabras de un caballero (al considerar las tendencias actuales de la ropa): “Nunca en la historia de la moda tan poca tela ha sido cortada tanto para dejar al descubierto lo que tanto necesita estar cubierto”.

Algunas mujeres cristianas se sorprenden cuando se enteran de que sus hombros o muslos descubiertos, a menudo, desencadenan la lujuria en los varones. Tienen una opinión demasiado buena de los varones cristianos; creen que son inmunes a la lujuria que se provoca por ver lo que ellas muestran. No es así. Aun los varones buenos pueden tener pensamientos malos y, esto, es pecado. Si la mujer cristiana pudiera leerles el pensamiento a los hombres cuando entra al templo con sus hombros descubiertos o con el escote bajo, nunca volvería a hacerlo. La mayoría de los varones cristianos tiene miedo de admitir en público que el hecho de ver aunque sea un poco descubierto el cuerpo de la mujer los tienta a pecar. Como no dicen nada, las mujeres cristianas no piensan que son tentados.

También los varones pueden usar “demasiado poca” ropa. Cierta vez, varias mujeres me comentaron acerca de un grupo pequeño de estudio bíblico escandalizado por un hombre indiscreto que usaba shorts demasiado cortos. Los participantes se sentaban en un círculo, y este despistado hermano, muchas veces, aparecía con sus shorts demasiado cortos y sueltos. Sin saberlo, a menudo se le veían las partes íntimas. Las mujeres se resignaban a concentrarse, no en el estudio bíblico, sino en tratar de no mirar el espectáculo de este hombre cristiano que estaba usando demasiado poco.

¿El ejemplo más obvio de demasiado poco? Los trajes de baño⁶. Un hombre nunca caminaría por un centro comercial ni una mujer iría a un restaurant en ropa interior. No obstante, descubrimos así nuestro cuerpo con nuestros bikinis o tangas. No hay razón para creer que esa desnudez parcial es aceptable en la piscina o la playa... Además, en una cantidad sorprendente de bodas cristianas aparecen mujeres vestidas dejando demasiado al descubierto. En el nombre de la elegancia, las participantes usan vestidos con los hombros y la espalda al aire, y escotes demasiado bajos. Antes, veíamos en una boda solo a una “novia sonrojada”; en cambio ahora, vemos en las bodas que son otros los que

⁶ Para un estudio más amplio sobre modestia y trajes de baño, vea *La modestia cristiana* de Jeff Pollard a su disposición de CHAPEL LIBRARY.

se sonrojan al ver a las mujeres participando de la ceremonia vestidas atrevidamente.

“Demasiado apretada” se refiere a ropa demasiado ceñida al cuerpo que destaca sus contornos. Sospecho que en las iglesias conservadoras de hoy, ésta es la falta de pudor más común. En la actualidad, hasta la ropa que no es “demasiado poca” ni ostentosa es, a menudo, apretada, *especialmente* en el torso. Modestia no se trata simplemente de cubrir la piel; es encubrir la forma. Algunas mujeres cristianas usan faldas para ser modestas, pero al mismo tiempo usan camisetitas o suéteres tan apretados que revelan claramente el contorno de sus cuerpos. Son demasiado apretados. Estas prendas, a menudo, se pegan tanto al pecho y las caderas de la mujer que prácticamente hacen las veces de lo que una generación anterior hubiera llamado “body” o leotardo. Las mujeres cristianas tienen que entender que cuando sus “tops” apretados revelan la forma de su cintura, caderas o busto, tientan mucho a los hombres. Un caballero lo dijo así: “A veces, la ropa de una mujer es tan apretada que yo apenas puedo respirar”.

Los vestidos también pueden ser demasiado apretados. No es cierto que los vestidos y faldas nunca tientan a los hombres a pecar: *Pregúnteles a ellos*. Los vestidos apretados pueden ser tan escandalosos como otros tipos de ropa... ¿Puede alguien mirarla y —gracias a su ropa apretada— notar claramente el contorno de su cuerpo? ¿Es evidente el contorno de sus glúteos? ¿Se nota claramente el diámetro de sus muslos? Sin necesitar mucha imaginación, ¿le pueden decir cómo es su cuerpo sin ropa? Si su respuesta es afirmativa, entonces su ropa es demasiado apretada. Este tipo de ropa es más que meramente atractiva; es una piedra de tropiezo.

¿No está seguro si su ropa está en la categoría de “demasiado”, “demasiado poca” o “demasiado apretada”? Pídale a alguien fiel a Dios que la evalúe. Puede sorprenderse de cómo los demás ven su manera de vestir.

Cuidado con el error de “muéstrame exactamente los límites”. Algunos creyentes hacen de la ropa modesta un tema más difícil de lo que necesita ser. Creen que tienen que contar con un criterio preciso por el cual determinar si una prenda de vestir es modesta o inmodesta. “Tengo que saber exactamente dónde están los límites”, piensan. “Si no sé exactamente lo que diferencia entre una manera de vestir modesta y una inmodesta, no puedo tomar ninguna determinación sobre el asunto”.

Pensar así es usar una lógica equivocada. No es cierto que tengamos que saber *exactamente* dónde están los límites, a fin de saber que algo

los ha sobrepasado. No sé exactamente dónde está la frontera entre los Estados Unidos y Canadá, pero sé, sin lugar a dudas, que estoy en el lado estadounidense. No sé exactamente dónde está el límite entre una canción que se canta bien y otra que se canta mal, pero sí sé que mi hija está dentro del límite del que canta bien y que yo, por el contrario, estoy fuera de él. En muchos aspectos de la vida, no sabemos exactamente dónde están los límites, pero comprendemos aproximadamente dónde lo están... No puedo brindar una definición precisa de ropa inmodesta que nos indique exactamente dónde están los límites entre modestia e inmodestia, pero reconozco la inmodestia cuando la veo. En otras palabras, no necesitamos saber exactamente qué criterios diferencian la manera correcta y la incorrecta de vestir. “Ropa modesta” y “ropa inmodesta” no son dos categorías claramente definidas y, a veces, no es claro si una prenda de vestir específica cae en una categoría o en la otra. Existe una tercera categoría: Ropa que no es incuestionablemente modesta ni obviamente inmodesta, pero el hecho de que haya esta tercera categoría no nos impide reconocer que alguna ropa es indiscutiblemente inmodesta, mientras que otra es decididamente consecuente con nuestro testimonio cristiano. En cuanto a la ropa cuestionable que no es claramente inmodesta ni modesta, recordemos que la palabra [*pudor*] en 1 Timoteo 2:9 significa una renuencia humilde de pasar los límites de lo que es moralmente apropiado, una que hace que el creyente no sea atrevido cuando se trata de “tantear los límites” de una conducta correcta.

Tomado de *Dressed to Kill*, publicado por Tulip Publishing.



La ropa costosa es como un caballo encabritado; el que se acerca demasiado a él puede terminar con su cerebro atontado por su necedad o, más bien, su cavidad craneana vacía destrozada porque desde hace tiempo le faltaba el cerebro de adentro. —*Vincent Alsop*

Estudie el vestuario del evangelio. Cristo ha provisto un ajuar completo de ropa para vestirlo, al igual que una armadura para su defensa, y ordena que se vista con ambas. —*Vincent Alsop*

NUESTRA VESTIDURA REAL

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

*“Y a los que justificó, a éstos también glorificó”
(Romanos 8:30).*

Comencemos... considerando lo que significa ser justificados. Si desea una respuesta en pocas palabras, pregúnteles a sus hijos qué han aprendido de nuestro catecismo y allí la tiene: “La justificación es un acto de la gracia de Dios, en que él perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos delante de él sólo por la justicia de Cristo imputada a nosotros y recibida sólo por fe”¹. No obstante, creo que será mejor que desglose esta verdad en detalle.

Al leer esta declaración y reflexionar un momento en ella, vemos que aquí la justificación se define como un acto de Dios otorgado a una persona que la necesita y que, evidentemente, no puede justificarse a sí misma. Ésta es una persona culpable de pecado por naturaleza, que se encuentra en un estado de condenación y necesita ser rescatada por un acto divino de justificación... La justificación es un acto de gracia otorgado al pecador que ha transgredido la Ley y no puede ser justificado por ella. Por lo tanto, necesita [justificación] por algún otro medio, uno fuera de su alcance, fuera de lo que él mismo puede hacer y que procede, como dice el texto, de Dios mismo porque dice que él es que justifica...

¡Oh, pecador! Por más negros que hayan sido sus pecados, puede ser justificado. Aunque sus pecados sean como la grana, pueden ser blancos como la nieve; si fueren rojos como el carmesí, pueden ser como blanca lana (Is. 1:18). Escrito está: “[él] justifica al impío” (Ro. 4:5). Sí, al impío, como lo ha sido usted. Cristo vino al mundo como un médico no para los sanos, sino para sanar a los que están enfermos. La justificación es un acto de gracia que busca al pecador para manifestarse en él. Quiera la gracia encontrarlo a usted [hoy], pobre transgresor, y [declararlo justificado].

En segundo lugar, la justificación es el resultado de la gracia soberana y únicamente de ella. Nos dice la Biblia: “por las obras de la ley nadie será justificado” (Gá. 2:16). Y también “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Ro. 3:24). No puedo *ganarme* la justificación. Nada que pueda yo hacer,

¹ *Catecismo de Spurgeon*, P. 32, a su disposición de CHAPEL LIBRARY.

puede hacerme digno de justificación ante Dios. He ofendido tanto que lo único que merezco es la ira de Dios para *siempre*. La única manera de que sea considerado justo, tiene que ser porque Dios quiere hacerme justo. Tiene que ser por su compasión divina y por ninguna otra; fija sus ojos en mí, me levanta del estercolero de mi ruina y determina vestirme con la *vestidura real de una justificación* que él ha preparado. En conclusión, no hay justificación que sea por mérito propio... La justificación viene como un regalo precioso de la mano generosa de la gracia de Dios.

El tema y medio de la justificación es la justicia de Jesucristo, manifestada en su obediencia vicaria², tanto en su vida como en su muerte. Ciertos herejes modernos lo niegan y, por ignorancia, algunos en el pasado decían que la justicia imputada³ de Jesucristo era algo que no existía. El que la niega, quizá inconscientemente, arranca de raíz al sistema del evangelio. Estoy convencido de que esta doctrina está involucrada en todo el sistema de sustitución⁴ y satisfacción; y todos sabemos que la sustitución y el sacrificio vicario son la médula misma del evangelio de Cristo.

La Ley, al igual que el Dios de la cual procedió, es absolutamente inmutable y no puede ser satisfecha con nada que no sea una justicia completa y perfecta. Alguien tuvo que sufrir el castigo por la culpa del pasado y, a la vez, hacer posible la obediencia al precepto que todavía sigue vigente: “Justificados pues por la fe tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1). Esto fue llevado a cabo por el Señor Jesús como el representante escogido por él y es la base legal exclusiva de la justificación de los escogidos. En cuanto a mí, nunca podré dudar que la justicia de Cristo sea mía mientras siga comprobando que Cristo mismo y todo lo que él tiene, me pertenece. Si encuentro que me da todo, es indudable que me da su justicia junto con todo lo demás. Ahora Dios me ve a través de la justicia de Cristo; eso es justificación.

¿Qué más puedo hacer con eso que usarlo? ¿Acaso lo voy a guardar en un guardarropa y no ponérmelo? Bueno, hermanos, usen los demás la ropa que quieran: *Mi alma se regocija en la vestidura real*. Para mí, la expresión “el Señor nuestra justicia” es importante y tiene un significado de peso. Jesucristo seguirá siendo mi justicia durante todo el tiempo que pueda leer el mensaje del Apóstol: “el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación, y redención” (1 Co.

² **Vicario** – Hecho por una persona como sustituto de otro.

³ Ver Portavoz de la Gracia No. 7, *Justicia imputada*, a su disposición de CHAPEL LIBRARY.

⁴ Ver Portavoz de la Gracia No. 9, *Sustitución*, a su disposición de CHAPEL LIBRARY.

1:30). Mis queridos hermanos, no duden de la justicia imputada de Jesucristo, a pesar de lo que digan los contrarios. Recuerden que tienen que tener una justificación. La Ley lo requiere. No leo que la Ley establecida con nuestros primeros padres exigiera sufrimiento; sí la estableció después como castigo de su transgresión. Pero la justicia de la Ley no requería sufrimiento, sino obediencia. El sufrimiento no nos libra de la obligación de obedecer. Las almas perdidas en el infierno siguen bajo la Ley y ni sus sufrimientos ni su angustia, aunque los soporten a la perfección, pueden justificarlas. La obediencia, y solo la obediencia, puede justificar. ¿Y dónde la podemos obtener sino en Jesús nuestro Sustituto?

Cristo viene para *magnificar* la Ley: ¿cómo lo hace sino por la obediencia? Si pudiera entrar en la vida eterna por guardar los mandamientos, como el Señor indica en Mateo 19:17, ¿cómo hacerlo excepto por medio de Cristo que sí los guardó? ¿Y cómo puede él haber guardado la Ley, excepto por su obediencia a sus mandamientos? Eso es justificación, Dios nos ve a través de la justicia perfecta de Cristo. Las promesas de la Palabra de Dios no fueron hechas con base en los sufrimientos; fueron hechas con base en la obediencia. En consecuencia, los sufrimientos de Cristo, aunque quiten el castigo, ellos solos no me hacen heredero de la promesa. “Más si quieres entrar en la vida”, dijo Cristo, “guarda los mandamientos” (Mt. 19:17). Es únicamente el que Cristo guardara los mandamientos lo que me da derecho a entrar en la vida. “Jehová se complació por amor de su justicia en magnificar la ley y engrandecerla” (Is. 42:21). No entro a la vida en virtud de sus sufrimientos; estos me libran de la muerte, me limpian de la inmundicia; pero entrar al gozo de la vida eterna es el resultado de la obediencia. Como no puede ser el resultado de la mía, tiene que ser el resultado de la de él, que me es atribuida a mí. El apóstol Pablo contrasta la obediencia de Cristo con la desobediencia de Adán: “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Ro. 5:19). Ahora bien, esto no se trata de la muerte de Cristo solamente, sino que de lo que está hablando aquí es de su obediencia activa: Es por *ésta* que somos [declarados] justos... Porque, a pesar de todo el clamor en contra de esta doctrina, está escrito en el cielo y es una verdad segura y preciosa que debe ser recibida por todos los fieles: Somos justificados por la fe por la justicia de Cristo Jesús que nos es imputada. Notemos lo que Cristo ha hecho en su vida y en su muerte: Sus obras se convierten en nuestras obras y su justicia nos es imputada, de manera que somos recompensados como si fuéramos justos, mientras que él fue castigado como si hubiera sido culpable.

Por lo tanto, esta justificación es dada a los pecadores como una obra de pura gracia, siendo su fundamento la justicia de Cristo. La manera práctica de aplicarla es por fe. El pecador cree en Dios y cree que Cristo es enviado por Dios. Acepta a Cristo Jesús como su único Salvador y, por ese acto, se convierte en un alma justificada. No es por arrepentirnos que somos justificados, sino por *creer*; no es por sentir profundamente la culpabilidad del pecado; no es por los amargos sufrimientos y aflicciones debido a las tentaciones de Satanás; no es por la mortificación del cuerpo, ni por renunciar al yo; todo esto es bueno, pero el acto que justifica es poner los ojos en Cristo. Nosotros, no teniendo nada, siendo nada, no pudiendo jactarnos de nada, sino estando totalmente vacíos, ponemos nuestra confianza en él, de cuyas heridas mana la sangre que da vida. Cuando confiamos en él, vivimos y somos justificados por su vida. Hay vida en una mirada de fe al crucificado, vida en el sentido de la justificación. Aquel que un minuto antes de su encuentro con Cristo era un criminal condenado, digno solo de ser llevado al lugar de donde vino y sufrir la ira divina, por un acto de fe es inmediatamente heredero de Dios, conjuntamente con Jesucristo, habiendo sido cambiado de la posición de condenación a la de aceptación, de modo que ya no teme la ira de Dios! La maldición de Dios *no* puede tocarlo, porque Cristo fue hecho maldición por él, como está escrito: “Maldito todo el que es colgado en un madero” (Gá. 3:13).

Ahora bien, en cuanto a esta gran misericordia de justificación, podemos decir que es instantánea... El ladrón en la cruz fue limpio en el instante en que confió en Cristo tan ciertamente como que ya está en el Paraíso con Cristo. La justificación no es más completa en el cielo de lo que lo es en la tierra. Sí, denme toda su atención... La justificación nunca se altera en el hijo de Dios. Dios lo pronuncia inocente e inocente es. Jehová lo justifica y su santidad no puede mejorar su justicia ni sus pecados disminuirla. Está en Cristo Jesús, el mismo ayer, hoy y por los siglos, tan aceptado en un momento como en otro, tan seguro de la vida eterna en un instante como en otro. ¡Oh, cuán bendita es esta verdad: Justificado en un momento y justificado completamente!

Tomado de un sermón predicado el domingo a la mañana, el 30 de abril de 1865, en el Tabernáculo Metropolitano, Newington.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Influyente predicador bautista inglés; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra.

EL RETORNO A LA ROPA MODESTA

Jeff Pollard

“Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:20).

Vincent Alsop señalaba: “No se puede negar, ni ocultar, ni justificar, ni tampoco corregir la lamentable intoxicación de la generación actual con cosas que son novedades, ni su triste degeneración respecto a la templanza de épocas anteriores... Hasta ‘las hijas de Sion’ se han infectado con esta epidemia”. Del mismo modo, hay una epidemia de inmodestia que infecta nuestras iglesias hoy. Los principios por los cuales la mayor parte de la moda del traje de baño no pasa el examen de la modestia deben aplicarse a toda la ropa que usamos. Necesitamos tomar conciencia de que algunas prendas de vestir, cuya función debería ser “cubrir” el cuerpo, en realidad no cubren mucho; la ropa ajustada realza las formas del cuerpo del mismo modo que los trajes de baño. Aunque no debemos avergonzarnos del cuerpo como si fuera malo en sí, debemos cubrirlo correctamente para conservar la castidad de la mente y el espíritu, especialmente en las reuniones de adoración a nuestro santo Dios. Por encima de todo, los hombres debemos aprender a gobernar nuestro corazón y nuestros ojos, así como enseñar a nuestras esposas y a nuestros hijos los principios correctos de la modestia. Aunque las mujeres son vulnerables frente a la tentación de vestirse con ropa lujosa o sensual, sus padres y sus esposos son, en última instancia, los responsables de lo que visten las mujeres en su hogar. Es preciso que los hombres y las mujeres cristianos estudien y oren con fervor sobre este tema porque, realmente, necesitamos volver a la modestia que enseña la Biblia.

¿Por qué vestimos cómo lo hacemos? John Bunyan formula la pregunta de esta manera: “¿Por qué son partidarios de andar... con los hombros desnudos y con los pechos colgando como las ubres de una vaca? ¿Por qué son partidarios de pintarse el rostro, estirarse el cuello y someterse a todas las acciones a que les obliga su orgullo? ¿Es porque quieren honrar a Dios? ¿Porque quieren que el evangelio dé una buena impresión? ¿Porque quieren embellecer la religión para que los pecadores se enamoren de su propia salvación? No, más bien es para complacer sus concupiscencias... También creo que Satanás ha atraído más gente hacia el pecado de impureza con el deslumbrante espectáculo de la moda de la que hubiera atraído sin él. Me pregunto qué era lo que antaño se consideraba

atuendo de una ramera; ciertamente no podría haber sido más cautivador ni más tentador que la indumentaria de muchas creyentes de nuestra época”. Lo mismo podría decirse hoy. Examinen su corazón. ¿Por qué se visten como lo hacen?

El alegato del satanista es: “Haz lo que quieras y eso será la totalidad de la ley”. El alegato de los años 60 era: “¡Haz lo que se te dé la gana!”. El de las feministas declara: “Es mi cuerpo y haré con él lo que quiera”. El argumento de los evangélicos de hoy declara: “Tengo libertad, así que voy a hacer lo que quiera”. Sin embargo, las Escrituras afirman: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Co. 6:19-20). Si es usted cristiano, no es su propio dueño. Todo su ser —alma, espíritu, cuerpo— es propiedad adquirida por Jesucristo y el precio que pagó por su cuerpo fue que el de él fuera partido: “Esto es mi cuerpo que por vosotros es partido” (1 Co. 11:24; cf. Mt. 26:26). ¡Nuestro cuerpo le pertenece! Él lo redimió con su sangre preciosa en la cruz del Calvario. Debemos tener cuidado cómo adornamos esa propiedad comprada con la sangre de Cristo.

Sin duda, al leer esto, algunos exclamarán: “¡Aaah, pero eso es legalismo!”. No puede llamarse legalismo a la acción de instar a los hijos de Dios a cubrirse porque la *modestia* es el mandato de las Escrituras. El deseo del corazón regenerado es honrar al Señor Jesús y hacer todo aquello que le dé gloria, cumpliendo sus mandamientos. “El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama... El que no me ama, no guarda mis palabras” (Jn. 14:21, 24). La gloria de Dios y el amor a Cristo deben ser los motivos principales de todo lo que decimos, hacemos y pensamos, y eso incluye la ropa que usamos.

Le he mostrado lo que dicen las Escrituras y... confío en que estos [artículos] le hayan hecho reflexionar y también estimulado al amor y a las buenas obras. Sin embargo, como dije anteriormente, si le parece que la definición de modestia no es muy precisa o que las conclusiones de [estos artículos] no son bíblicas, entonces luche y ore hasta que el Señor le muestre algo mejor. ¡Pero no deje de orar! Por el amor de Cristo, ¡ore! ¡Nunca es legalismo llamar a los hijos de Dios a obedecerle conforme a su Palabra!

Ore y medite acerca del propósito eterno del Dios todopoderoso: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Ro. 8:29). Este planeta y todo el universo existen por una sola razón: El Dios de gracia tenía la intención de salvar a su pueblo de sus pecados y hacerlos como su santo Hijo Jesucristo. Él derramó su sangre sobre la cruz del Calvario para

pagar la deuda por los pecados de su pueblo. Sólo por la fe en él, sus pecados son perdonados por toda la eternidad. Cristo los salva, los limpia y los hace como él. ¿Y cómo es él? “Santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores” (He. 7:26).

Así pues, ¿cómo hemos de conducirnos respecto a este complicado asunto? Tengamos en cuenta estos principios: 1) Dar gloria a Dios debe ser nuestro primer objetivo: “Glorificad... a Dios en vuestro cuerpo” (1Co. 6:20); “Hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús” (Col. 3:17). 2) El amor a Cristo debe ser el motivo de nuestros actos: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn. 4:19). 3) Recordar que somos templo del Espíritu Santo y que no somos nuestros, debe impulsarnos a corregirnos: “Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros... y... no sois vuestros” (1 Co. 6:19). 4) Como resultado, nuestro objetivo debe ser amar a los demás, querer mantener la pureza en ellos y en nosotros, y no despertar sus pasiones lujuriosas. “El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor” (Ro. 13:10).

Quiera el Dios de misericordia concedernos que nos arrepintamos si hemos pecado en este sentido. Seamos sinceros con nosotros mismos y con nuestro Dios, queridos lectores. ¿Realmente le han dado a este tema toda la importancia que merece? ¿Alguno de ustedes alguna vez ha preguntado al Señor cómo debe vestirse un hijo santo de Dios? Si su respuesta es negativa, le animo con todo mi corazón a que lo haga. Arrepiéntase de cualquier mundanidad que encuentre en su corazón. Arrepiéntase si se viste para atraer la mirada de los hombres y no para la gloria de Dios.

Hoy muchos vuelven a predicar con valentía el evangelio de la gracia soberana de Dios; en muchos lugares se declara con sencillez, la verdad gloriosa de la salvación solo por fe, solo por medio de Cristo. Estas maravillosas verdades que transforman vidas deben producir personas santas, humildes y modestas, que se distingan de este mundo perdido y moribundo. De ahí que mi oración más ferviente es que amemos con ardor a Jesucristo y que nos amemos los unos a los otros, que luchemos juntos por la unidad de la fe y que vivamos vidas que magnifiquen la gracia salvadora de nuestro bendito Redentor. “Vivamos en este mundo sobria, justa y piadosamente” (Tit. 2:11-14) y que jamás neguemos estas preciosas verdades que amamos por seguir las costumbres y las modas de este mundo presente, lleno de maldad y de desnudez pecaminosa. Glorifiquemos a Dios en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu, que de Dios son (1 Co. 6:20). Y para gloria de Dios y por amor al Señor Jesucristo, volvamos a la modestia cristiana.

Adaptado de *La modestia cristiana* de Jeff Pollard a su disposición de CHAPEL LIBRARY.